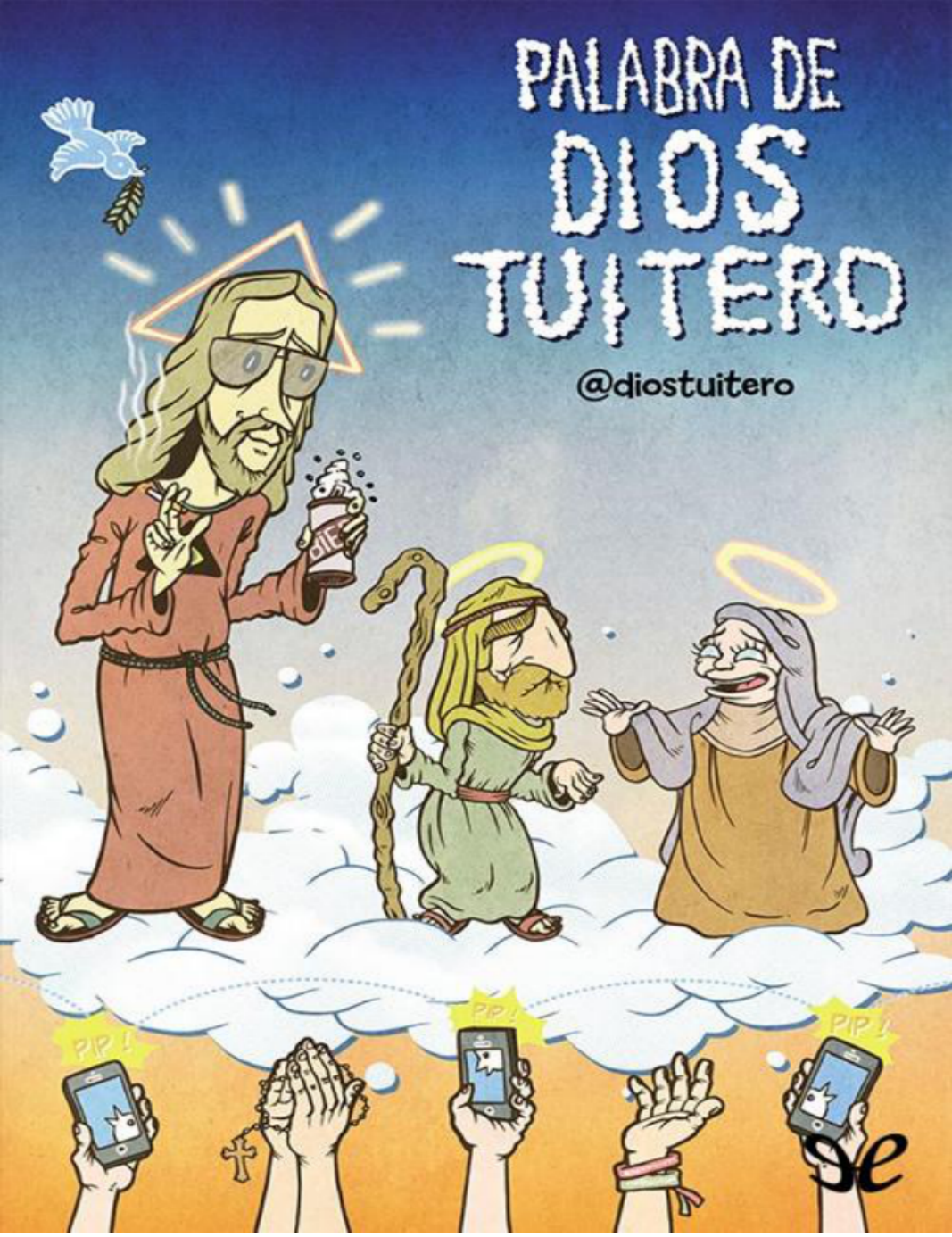

PALABRA DE
DIOS
TUITERO
@diostuitero
PIP!
PIP!
PIP!

Hola, soy Dios tuitero, también conocido por ser el autor en la sombra del *bestseller* más leído de todos los tiempos, la Biblia. Después de una eternidad sin escribir más de 140 caracteres seguidos he decidido volver a la literatura para contar toda la verdad.

¿Que qué es toda la verdad? Pues mi versión de los hechos, mi historia según yo mismo, que ya está bien de intermediarios, que luego resulta que lo tergiversan todo… Si queréis saber lo que realmente pasó, poneros al día sobre mis mandamientos y tener de primera mano consejos prácticos sobre cómo conseguir triunfar en el mundo de las religiones comerciales y las relaciones espirituales, este es vuestro libro. Si solo queréis pasar un buen rato, comprad la Superpop.

epublibre

diostuitero

Palabra de Dios tuitero

ePub r1.2

Titivillus 06.12.15

Título original: *Palabra de Dios tuitero*
diostuitero, 2015
Ilustraciones: Doctor Juanpa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PALABRA DE DIOS TUITERO

@diostuitero

Prólogo

Si Dios tuviera que mandarnos un mensaje o quisiera saber, en un ataque repentino de responsabilidad, cómo va su invento este de la Tierra, no lo haría otra vez al modo ortodoxo. No volvería a mandarnos al Hijo ni lo haría pasar de nuevo por el gratuito y cruel trámite (y bastante antinatural también) de ser concebido por una paloma del parque. Fue gracioso la primera vez y Dios, que tiene un sentido del humor bastante fino y negro, lo sabe. También sabe que abusar de las bromas hace que pierdan la gracia. Si Dios quisiera darnos señales de vida hoy en día no pondría de nuevo al «enviado» a patear de pueblo en pueblo, como un comercial sin chaqueta ni corbata, multiplicando panes y peces en sandalias, túnica y barba hípster. No. Estoy convencido de que el Altísimo esta vez se lo tomaría más en serio y apostaría por un formato más acorde a los tiempos. Así

lo llama él, «formato». Le encanta usar este tipo de terminología para hacer ver que está al día.

Y es que Dios, aunque no lo parezca, efectivamente está al día. Tonto no es. Tenemos que partir de esa base. Y me parece conveniente hacer, antes de continuar, una pequeña parada para zanjar de una vez por todas el asunto este de la existencia de Dios, que es un debate absurdo pero que se plantean bastantes personas. Tú serás probablemente una de ellas teniendo en cuenta qué libro tienes en tus manos. A ver. A Dios podremos echarle en cara la dejadez en temas como el hambre, las guerras o los mosquitos zumbando junto a la oreja, pero es injusto achacar estas imperfecciones a que tenemos un Dios que es idiota o peor aún, que no existe. Seríamos unos hipócritas si interpretáramos como incapacidad o inexistencia el más que habitual para nosotros «Mira, Manolo, no doy a basto esta semana pero tranquilo que el lunes que viene te miro lo tuyo». Ponte en su pellejo un momento en vez de usar tu pequeñito cerebro para criticar. Si a ti se te acumulan los platos sin fregar en la cocina, imagina lo que es lograr tener medio ordenado algo por definición infinito que está manga por hombro por su propia naturaleza cambiante. No sé si me he explicado, pero para resumir: Nadie te dice a ti que seas idiota, un dejado o peor todavía, que no existas solo porque tienes el fregadero lleno de platos del otro día ¿verdad? Venga. Pues asunto zanjado. Podemos seguir.

Como decíamos, Dios sabe de sobra lo que es el marketing y cómo funciona. Lo demostró sobradamente en la última visita en la que introdujo pequeños detalles y sin embargo de gran impacto mediático, como el nacimiento en un portal rodeado de animales o la muerte en la cruz 33 años después. Convirtió lo que en principio hubiera sido el típico fallecimiento de la época, por resfriado mal curado o por ser atropellado por un camello al cruzar sin mirar, en una crucifixión con posterior resurrección que hubiera dejado boquiabierto al propio George Lucas. «Un *hit* absoluto. Lo hice así para dirigirlo a un *target* de generaciones posteriores» suele explicar siempre que le preguntan. *Hit* y *target*, dice el tío. Cómo le gusta colar un tecnicismo cada vez que puede…

Dios sabe lo que se hace. Por eso no me cabe duda de que si hoy se quisiera dar una vuelta por aquí a traer su mensaje o a cualesquiera de las cosas todopoderosas que quisiera hacer, lo plantearía de manera bastante más eficiente que mandando al niño vestido de Boy Scout hippy con una cantimplora a predicar por el puñetero desierto ante una audiencia de cuatro cabras y un romano que pasaba por allí. Para empezar esta vez vendría él mismo. «¡Boom! Golpe de efecto

asegurado», diría él si le preguntaran. Y aficionado como es Dios a estar a la última, me juego el cuello a que usaría las nuevas tecnologías. Se abriría una cuenta en cualquier red social. «Twitter, por ejemplo, que tiene de logo una paloma» pensaría el todopoderoso «aunque creo que no es una paloma. Qué tontería, ¿por qué inventé tantos tipos de pájaro? Hoy día hubiera sido mucho más austero en aves» seguiría divagando para sus todopoderosos adentros mientras le da vueltas al asunto del nombre de usuario. «@dios sería lo lógico, ¿no?» diría en voz alta. «Bueno, mejor @diostuitero, que @dios a secas va a sonar pretencioso y esta vez vengo a la Tierra con perfil bajo». ¡Perfil bajo! Cómo le gusta usar neo terminología…

Estamos ante la primera Biblia escrita de puño y letra por Dios. Sin Mateos, Marcos, Juan o Lucas enredando. Con tanta gente, con la Biblia anterior pasó como con el juego del teléfono. Por ejemplo, lo de Moisés abriendo las aguas del mar Rojo para conducir a su pueblo, solo tres mensajes boca-oreja antes era la siguiente anécdota: «Pues Moisés estaba echando el domingo de excursión en el mar Rojo y en un momento dado se estaba meando nivel no poder aguantarse, así que se acercó a la orilla y, justo en ese momento, pasó un montón de gente de su pueblo que, como era finde, hacía bueno y además estaba la marea baja, había aprovechado para pasear por la playa». Pues así con todo. Sin embargo, en esta Biblia que tienes en tus manos no encontrarás las faltas de exactitud que había en la versión anterior. Está en tus manos una versión sin intermediarios. Una Biblia mejorada. Una Biblia escrita por el mismísimo @diostuitero. Que la disfrutes. Y si por lo que sea no fuera así, que @diostuitero te pille confesado.

@Gerardo TC

FICHA PERSONAL DE

DIOS TUITERO

Edad: 33

Lugar de nacimiento: Belén. Se conoce el portal, pero no la calle.

Altura: Es llamado el Altísimo, pero alrededor de 1,80.

Peso: 75 kilogramos. 120 gramos en forma de hostia.

Complexión: Atlética.

Pelo: No. Pelazo.

Ojos: Dos, uno cuando está dentro del triángulo.

Coeficiente intelectual: Infinito.

Grupo sanguíneo: Ribera del Duero.

Estudios: Bíblicos.

Experiencia laboral: Carpintería (nivel ayudante). Homeopatía. *Community manager* del Universo.

Idiomas: Arameo.

Hobbies: Caminar sobre las aguas, hablar en parábolas, cenar con amigos, predicar en el desierto.

Música favorita: Canto gregoriano, Zahara y Love of Lesbian.

Premios recibidos: Santo Grial en 29 ocasiones. Hombre del año

en el 33. Empleado del mes de abril en El Vaticano en 14 ocasiones. Campeón del Mundo de *piercing* extremo en el año 33.

Otros datos de interés: Sanación de leprosos, resurrección de zombis, curación de ciegos, conversión del agua en vino y multiplicación de panes y peces. Aguanta 40 días sin comer y, si se muere, resucita en tres.

Datos de contacto: El Cielo. En caso de no haber muerto, todavía puedes comunicarte con él en la cuenta de Twitter @diostuitero.

COMPARATIVA ENTRE SUPERMÁN Y DIOS TUITERO

Superman / **Dios tuitero**

—VUELA: **SÍ** / **NO**
—CAMINA SOBRE LAS AGUAS: **SÍ** / **NO**
—SUPERFUERZA: **SÍ** / **NO**
—LÁSER EN LOS OJOS: **SÍ** / **NO**
—VISIÓN RAYOS X: **SÍ** / **NO**

—INVULNERABLE A LAS BALAS Y OTROS OBJETOS DE METAL: **SÍ** / **NO**
—TELETRANSPORTACIÓN: **SÍ** / **NO**
—AGUANTA 40 DÍAS SIN COMER: **SÍ** / **NO**
—MULTIPLICA ALIMENTOS: **SÍ** / **NO**
—CONVIERTE AGUA EN VINO: **SÍ** / **NO**
—CURA LEPROSOS, CIEGOS Y PARALÍTICOS: **SÍ** / **NO**
—EXPULSA DEMONIOS: **SÍ** / **NO**
—SECA VIDES: **SÍ** / **NO**
—RESUCITA: **SÍ** / **NO**
—RESUCITA A OTROS: **SÍ** / **NO**
—PERDONA LOS PECADOS: **SÍ** / **NO**
—ALÉRGICO A LA KRYPTONITA: **SÍ** / **NO**
—HACE RT Y FAV: **SÍ** / **NO**

GANADOR: **¡Dios tuitero!**

CÓMO DETECTAR SI ES USTED SANTO

Usted puede ser santo y no haberse dado ni cuenta. Desde el Servicio de Detección de Santos (SDS) del Cielo hemos elaborado este sencillo cuestionario mediante el cual usted puede conocer, sin moverse de casa, si sus niveles de santidad están dentro de los parámetros normales o bien es usted una persona especial con derecho a trono,

estampitas y colección de velas a sus pies.

Se trata de unas preguntas muy sencillas. Tómese su tiempo y responda tranquilamente. Asigne tres puntos a la opción A, 2 a la opción B y 1 a la C.

—¿Devuelve siempre los libros de la biblioteca en el plazo establecido?

A. Siempre.

B. No siempre.

C. No leo/ No leo en papel/ A la biblioteca voy a ligar, como todo el mundo.

—¿Rebobinaba usted las películas antes de devolverlas al videoclub?

A. Por supuesto.

B. Casi nunca.

C. No soy tan viejo/a.

—¿Ha intentado comprender usted los argumentos de los tertulianos de TV?

A. Siempre. Son personas como los demás.

B. De todos menos los de Marhuenda o Alfonso Rojo.

C. Vete a tomar por culo.

—¿Cede su sitio en el Metro a las personas mayores?

A. Por supuesto.

B. Solo si no estoy muy cansado.

C. Nunca. Las personas mayores son las peores. Y si se cansan en el metro que no se monten.

—Cuando ve un inmigrante saltando la valla de Melilla, ¿qué piensa?

A. Pobrecillo, hay que ayudarle.

B. Me da pena, pero me gusta más verlo al otro lado.

C. Esto con Franco no pasaba.

—Se celebra el Día Mundial del Pueblo Gitano. Usted piensa:

A. Es una fecha ideal para apoyar a este colectivo tan marginado y acabar con los estereotipos.

B. Me parece muy bien, pero tengo que ir al Mercadona.

C. ¡Cuidado con las carteras!

—Sale usted una noche y le ponen 30 veces seguidas la típica canción latina de moda:

A. No le gusta mucho esa música pero lo comprende, porque es lo

que le gusta a la mayoría.

B. Se pregunta si no hay otro tipo de música mejor. Le habría gustado ser joven en los ochenta.

C. Espera al DJ a la salida y con la ayuda de sus amigos le da una paliza.

—El discurso en inglés de Ana Botella le pareció:

A. No fue perfecto, pero el inglés no es el fuerte de los españoles.

B. Lo podía haber hecho mejor. Deberíamos tener políticos mejor preparados.

C. Le habría metido el *relaxing cup* por el…

Ahora sume su puntuación:

De 19 a 24 puntos. Es usted santo. Póngase inmediatamente en contacto con nosotros.

De 12 a 18 puntos. Es usted algo malandrín, pero aún tiene enmienda. Dirígase al confesionario más cercano.

De 8 a 11 puntos. Usted arderá en el Infierno eternamente. Que tenga un buen día.

EN VERDAD OS DIGO...

LA BIBLIA PUEDE RESUMIRSE

Las Memorias de Dios tuitero

Ya conocéis la Biblia. Ahora os contaré lo que realmente pasó. Dios tuitero

A. ANTIGUO TESTAMENTO

1. Y VIO DIOS QUE ERA BUENO...

Nada. La Nada. La puta Nada. No recuerdo ya cuántos millones de milenios estuve a solas con aquella cosa.

Por aquella época yo era un triángulo equilátero con un ojo en medio y mi única ocupación era parpadear de vez en cuando y cuidar de que no se me acumulara mucho polvo en los ángulos.

Al principio no era tan mala compañera La Nada, lo que pasa es que le fui cogiendo manía poco a poco. Llega un punto en que hasta las formas geométricas se aburren. Por aquel entonces no se había escrito *La historia interminable* y ni siquiera sabía que aquello era La Nada. Yo lo llamaba «Lo otro».

Fue entonces cuando decidí crear a los ángeles. Podía haber creado una Diosa, pero ya sabéis lo celoso que soy de mi omnipotencia y lo poco que me gusta que me hagan sombra, así que, cual pequeñas figuritas de Lego, empecé a parir serafines, querubines, tronos, potestades, virtudes, principados, ángeles, arcángeles… Todos blanquitos, lechosos, con pelazo, atléticos y hermosos como elfos. Sin sexo, eso sí. No iba a estar yo sin Diosa y ellos ahí dale que te pego. «¡Aquí no folla ni Dios!», me dije. Y hasta hoy.

Al principio eran criaturas muy disciplinadas, y hasta majetes. Pero empezaron a discutir por el rollo jerárquico y en cuanto me descuidé se habían organizado como un ejército: los serafines y querubines en la primera jerarquía, las virtudes y potestades en la segunda, los ángeles y arcángeles en la tercera… Vamos, que sin comerlo ni beberlo tenía organizada una lucha de clases que si llega a venir Marx me monta la IV Internacional.

Y para acabarlo de rematar: Lucifer.

Lucifer significa portador de luz. ¡En qué hora le pondría ese nombre! Enseguida se creyó en posesión de la verdad y no había quien le replicara. Que si el Cielo tenía malos acabados, que si para qué servían las nubes si todavía no había creado la Tierra, que si había que repartir el poder…, inaguantable.

Si habéis leído un poquito mi anterior libro, la Biblia, ya os habréis dado cuenta de que la paciencia era una de las virtudes del pobre Job, pero no la mía.

En menos que canta un gallo le pegué un puntapié y lo lancé adonde Cristo —o sea, yo— dio las tres voces. De la hostia que se metió —la primera de la historia— adoptó el sobrenombre de *Ángel*

Caído, Satán para los enemigos. Sí, hijos míos, Satán significa *adversario*. Pero ahí no quedó la cosa, del rebote se largó con un montón de ángeles coleguitas suyos y montaron una especie de pandilla de medio pelo en el sur.

Me entró un poco de bajón, la verdad. ¡Maldito Satán!, sin él la vida en el Cielo volvía a ser tranquila, pero también mucho más aburrida.

Así que decidí crear la Tierra. La creé un poco a voleo, la verdad.

Lo primero que creé fue «la hierba verde» y luego el Sol. ¿Que cómo podía hacer la fotosíntesis la hierba verde si todavía no existía el Sol? Y yo que sé, yo nunca fui a la escuela. Bueno, una vez sí, fui al templo a hablar con los maestros… Lo que pasó allí dentro no me gustó mucho, prefiero correr un tupido velo. Solo diré que la siguiente vez que estuve allí, ya de mayor, me lie a latigazos.

A lo que iba, que me despisto. Fui separando la tierra de los mares, hice los continentes, que al principio permanecían todos juntos como una pastilla de plastilina, los astros del cielo, los distintos animales, que para sobrevivir tenían que matarse y comerse los unos a los otros. Y vi que era bueno. ¡Y muy divertido, la verdad! Así que creé al hombre.

Me dije: «Venga, vamos a hacerlos como yo», y os hice a mi imagen y semejanza. Así os va. Como había construido ya un Mundo, estaba escaso de materiales, así que inventé la idea de reciclaje y el mismo polvo de la obra lo aproveché para crearos. Hay quien dice que me salió un orangután y que no se parecía en nada a mí, pero yo os juro que era un tipo de 1,80, blanco como la leche —aunque hubiera nacido en África—, con una interesante barba de tres días y con conocimientos de arameo a nivel avanzado.

Ya tenía el muñeco, ahora faltaba dónde ponerlo.

Se me ocurrió una idea genial: crearle una especie de zona VIP en la Tierra, con todo a su disposición menos un árbol de fruto apetecible. Y ¿dónde colocar ese árbol prohibido? Pues en el puto centro, claro.

Soy un poco cabroncete, lo sé. Imaginaos al pobre Adán topándose todos los días con el árbol en cuestión y preguntándose qué tendría de especial y por qué estaría prohibido. Pero no, no fue así; Adán se pasaba los días tan tranquilo sacándose pelotillas de la nariz y masturbándose como un mono.

¡Mi gozo en un pozo! Me volvía a aburrir soberanamente, así que me inventé eso de que «no es bueno que el hombre esté solo», le hice caer en un profundo sueño y, avanzando un poco más en el tema del reciclaje —que en aquel momento ya me apasionaba—, le mangué una costilla al hombre y creé a la mujer. No sé por qué, pero tuve la sensación de que a partir de entonces nada iba a ser lo mismo.

Eva era una chica normal. A diferencia del tarugo de Adán, tenía inquietudes, curiosidad por las cosas y, como con Adán no tenía mucha conversación, pronto empezó a hablar con todo bicho viviente.

Lucifer, que había sido expulsado del Cielo, pero que utilizaba más disfraces que Mortadelo, se convirtió en serpiente y se me coló por una rendija del Paraíso. Y, hablando de todo un poco, salió la conversación del Árbol de la Ciencia. Ya sabéis que eso estaba prohibido. La ciencia y la religión nunca nos hemos llevado demasiado bien. Eso de querer adquirir conocimiento y saber tanto como mis curas y yo, pues, qué queréis que os diga, nunca lo he visto bien. Es pecado, y de los gordos.

Y la mujer, ya ves tú, solo por probar una mierda de manzana, pecó. Y el hombre le hizo caso a la mujer, como siempre. Así que tuve que expulsarlos del Paraíso. Llegados a este punto, hice recuento de mis relaciones sociales:

1. Creo a los ángeles y termino llevándome a matar con Luci y sus colegas.
2. Creo al hombre y a la mujer y, a la primera de cambio los destierro y los condeno a muerte.

Uff, no se puede decir que sea un tipo fácil.

2. ¿DÓNDE ESTÁ TU HERMANO?

Sí, ya sabéis que, aunque yo lo veo todo, a lo largo de la Biblia podéis comprobar que me gusta hacer ese tipo de preguntitas, más que nada para tocar un poco la moral.

El caso de Caín y Abel es también digno de estudio.

Caín era labrador y Abel era pastor. Cada uno me hizo una ofrenda. Abel me dio un cordero bien gordo, como el de Norit, que me encantó. Ya sabéis que los dioses somos de buen comer, por eso estamos todo el día exigiendo sacrificios. Caín, por su parte, me ofreció «un fruto de la tierra». Y dice mi libro que «miró Jehová con agrado a Abel y su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera y decayó su semblante».

En fin, que a Caín le entró pelusilla y no se tomó muy bien que me ensañase con él y a su hermano le bailase el agua, así que se lo llevó a dar una vuelta por el campo. Y lo mató.

Recuerdo que le pregunté, haciéndome el disimulado:

¡Encima de asesino, vacilón! Cómo se parecía a mí el *jodío*.

Llegados a este punto, el recuento arrojaba todavía peor resultado: Luci y sus colegas, cagándose en mí (fueron los primeros de una larga tradición); Eva y Adán, desterrados y condenados a muerte; Abel, muerto, y Caín, convertido en un asesino. Parecía que las cosas no podían salir peor, pero si algo he demostrado es que mi capacidad para el desastre es infinita. Ahora viene lo de Noé.

3. Diluviando, que es gerundio

En tiempos de Noé dispuse que los hombres vivieran 120 años. Matusalén había vivido 969 y sus coetáneos poco más o menos, así que ya me estaba cansando de ver siempre las mismas caras. También, como dice mi libro, en aquellos tiempos «habitaban la Tierra gigantes», y «engendraron hijos a las hijas de los hombres», no me preguntéis cómo, pero el asunto habría dado para un vídeo cochino-circense de esos que tanto os gusta compartir por el Whatsapp.

El caso es que, aun habiéndoles puesto fecha de caducidad, la cosa se había ido de madre. Los hombres, a pesar de haber sido creados a mi imagen y semejanza, eran muy muy malos. ¡Qué raro! Si yo soy un pedazo de pan —o de oblea más bien—. Así que desde mi omnipotencia y mi proverbial sabiduría, decidí lo más correcto: exterminar a toda la humanidad. Es lo normal, ¿no? Lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. Ya sabéis que las personas nunca cambian y que no soy demasiado partidario de la psicología, así que exterminio y punto.

Decidí salvar a Noé y su familia por no gastar barro de nuevo. Que sabéis que soy muy partidario del reciclaje. Le ordené que se construyese un arca de tres pisos. Se la podía haber dado hecha yo, pero después de los seis días que trabajé creando el mundo me jubilé y hasta hoy.

Por supuesto, decidí salvar a todos los animales menos a los dinosaurios, que no cabían. Y dice la Biblia que tenía Noé por aquel entonces 600 años, lo cual se contradice con mi decisión de que los hombres viviesen 120, pero es una erratilla sin importancia, una de las miles que tiene mi libro. Es que no me lo revisaron bien en la editorial.

¡Y qué bonito fue cuando regresó la famosa paloma al arca con el ramo de olivo en el pico! Menos bonitos eran los millones de cadáveres de hombres, mujeres y niños flotando alrededor cual pececillos en el desastre del *Prestige*, pero qué se le va a hacer. ¡La paloma, vosotros mirad la paloma!

Y llegados a este punto, nuevo recuento de mi obra creadora:

1. Luci y los ángeles, encabronados.
2. Adán y Eva, desterrados y condenados a muerte.
3. Abel, muerto y Caín, convertido en asesino.
4. Toda la humanidad exterminada excepto Noé y su familia.

Uff. Quizá debería haber terminado la Biblia con una nota

pidiendo perdón a las víctimas.

4. SI TE DIGO QUE TE TIRES POR UN PUENTE...

Después de haber destruido a toda la humanidad excepto a una familia, quise volver a empezar. Pero como soy un poco torpe, el plan B no fue mucho mejor. Al fin y al cabo estaban hechos también a mi imagen y semejanza y del mismo barro. El resultado era previsible.

Eso sí, de todos aquellos mentecatos y mentecatas que fueron naciendo de la estirpe de Noé, mi favorito es Abraham. El de los pitufos no, el que iba engendrando nietos en vez de hijos.

Abraham era un tío con muchas posesiones, pero no fruto del sudor de su frente, sino consecuencia de lo buenísima que estaba su mujer, Sara.

Sara estaba tan buena que, cuando Abraham fue a Egipto, tuvo que hacerse pasar por su hermano para no tener problemas con todo aquel que se la quería beneficiar, incluido el mismísimo faraón.

El faraón se beneficiaba a Sara y Abraham se beneficiaba de las múltiples ovejas, cabras, asnos, asnas, siervos, siervas y camellos con que aquel le obsequiaba. Pero algún listillo se fue de la lengua y se chivó de que Abraham no era su hermano, sino el marido, y los colocó a los dos de patitas en la frontera. Ni lo mató ni nada, para que luego digan que estos egipcios eran malvados.

Pero la historia volvió a repetirse. Un nuevo gobernante, Abimelec, vuelve a tirarle los trastos a Sara, y vuelta la burra al trigo hasta que otra vez los mandaron a casita.

Aunque Sara llevaba una ajetreada vida sexual, no tenía problemas con los métodos anticonceptivos, pues era estéril. Y al ser Abraham ya un anciano sin descendencia, le propuso —con la boca chica— que se acostara con su esclava, Agar. Abraham, al que ya por entonces apodaban *el cornudo*, dijo esta es la mía y engendró a Ismael. Sara no se lo tomó nada bien, se puso celosa y le empezó a hacer un *mobbing*

salvaje a la sierva, forzándole a huir. Tuve que intervenir, claro, porque no es plan que las posesiones se me desperdiguen por ahí, así que le dije a Agar: «Vuelve a tu señora y humíllate bajo su mano». Sí, fui un capullín, pero es que por aquellos tiempos yo estaba a favor de la esclavitud. Luego ya me hice algo más progresista.

Allá por esos siglos también fue cuando destruí Sodoma y Gomorra, que ya se me estaban pasando de guarrillos y avariciosos. Hacía ya un tiempo desde el diluvio y necesitaba ejercitar los músculos.

El bueno de Abraham intercedió ante mí para que salvara las ciudades y tuvimos una especie de regateo sobre cuántas personas justas debía haber en cada una para no destruirlas. Ja, ja, ja, pobre iluso, no sabía lo que era regatear con Dios.

Envié dos ángeles a Sodoma a avisar a Lot, el sobrino de Abraham, para que se las pirara rapidito, pero hubo un chivatazo y se concentró una multitud dispuesta a lincharlos. El bueno de Lot les ofreció que violaran a sus hijas en su lugar, que al fin y al cabo solo eran mujeres, pero ni con esas. Así que mis ángeles tuvieron que cegarlos a todos para que dejasen de dar el coñazo.

Al día siguiente Lot y su familia abandonaban Sodoma dejando atrás un terrible espectáculo de fuego y destrucción, espectáculo que no quiso perderse la mujer de Lot —un poco morbosilla ella—, que miró atrás en contra de mis instrucciones y quedó convertida en estatua de sal. Ya se sabe, las mujeres y la curiosidad…

Pero esto no acabó aquí, al pobre Lot le acontecieron más desgracias. Sus hijas, un poco casquivanas, lo emborrachaban y se lo beneficiaban por turnos —consecuencias de no tener Tinder—, y llegaron a tener hijos suyos… Eso sí, como bien cuento en mi libro, Lot era solo un juguete sexual sin culpa alguna, las incitadoras eran ellas.

Al ver que por ese lado de la familia lo tenía complicado, volví a ver a Abraham por su 99 cumpleaños. Lo felicité y tal y como regalo realicé un pacto con él, esta vez casi sin regatear, y obré el milagro de que su mujer, Sara, quedara embarazada a cambio de que toda su descendencia se circuncidara, ja, ja, ja. No me preguntéis por qué de todas las cosas que podía pedirle a cambio a Abraham fui a fijarme en la punta del capullo… Los caminos del Señor son inescrutables.

En fin, con esa cruz encima engendraron al pobre Isaac.

A pesar de la falta de prepucios, todos vivieron felices hasta que una mañana tonta, así, sin pensarlo, le dije a Abraham lo primero que se me pasó por la cabeza: «Oye Abri, coge a tu único hijo y me lo subes a un monte y lo matas».

Yo pensaba que Abraham iba a darse cuenta de que estaba de broma, pero cuál fue mi sorpresa cuando veo que llama al pobre Isaac, coge un hatillo de leña y se encamina al monte sin rechistar. ¡Con lo pesado que se había puesto regateando sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra, y ahora con su propio hijo nada de nada! ¡Ay, qué tendrías tú en Sodoma, periñán!

Tres días los dejé de marcha por el monte y yo, aguantándome la risa. Ya estaba alzando el cuchillo cuando tuve que enviar a un ángel para que le parara el carro. ¡Joder, qué tío más loco!

5. Cuarenta años dando vueltas por el desierto

Aparte del falso sacrificio de Isaac, otra de mis bromas favoritas fue el paseo que le hice dar a Moisés en busca de la Tierra Prometida. ¡Cuarenta años para ir de Egipto a Palestina, ja, ja, ja! A ese ritmo Alejandro Magno no habría conquistado ni su urbanización. Y para colmo, cuando por fin llegó, solo se la dejé ver de lejos, justo antes de morir. Casi mejor que no viera el timo, porque allí ya había gente viviendo, gente a la que también se la había prometido antes. Es triste que me tomen tan en serio, pero así seguimos hasta hoy.

Antes de eso asistí a episodios bastante curiosos, como la compra del título de primogénito por parte de Jacob a su hermano Esaú por un plato de lentejas, o el intento de construcción de la Torre de Babel, momento fundacional de la burbuja inmobiliaria. Allí fui bueno. Como conocía los problemas que iba a acarrear la fiebre del ladrillo, decidí confundir las lenguas y arruinar la obra. Podría habérsela encargado a Calatrava y el resultado habría sido el mismo, pero tuve una visión del futuro de Ana Botella hablando en inglés y me reí tanto que decidí dejarlo así.

También me llamó la atención un tal José, que interpretaba los sueños sobre vacas gordas y flacas del faraón de manera bastante

acertada y sin necesidad de leer a Freud ni nada.

Pero volvamos a Moisés, un auténtico personaje de película que llegó a ser nada más y nada menos que presidente de la Asociación Nacional del Rifle en Estados Unidos.

De Moisés, la tradición oral dice que era tartamudo porque de pequeño le habían realizado una prueba de inteligencia ofreciéndole un diamante y un trozo de carbón ardiendo, a ver qué hacía. El niño no solo cogió el trozo de carbón, sino que además se lo llevó a la boca, quemándose los labios y la lengua, lo que le provocó dificultades en el habla de por vida. ¡Menudo lumbreras!

Aun así, los israelitas lo eligieron como guía. Resultado: 40 años para consumar una ruta que el resto del mundo realizaba en un par de meses.

Como ya os he dicho, a Moisés lo del fuego le ponía. Por eso, cuando me aparecí ante él, decidí hacerlo en forma de zarza ardiendo. ¡Qué tiempos aquellos! Por aquel entonces me dio por ser creativo y día sí día también les enviaba una plaga diferente a los egipcios: sangre, ranas, mosquitos, tábanos, pestilencia, úlceras y sarpullido incurable, granizo de hielo y rocas, langostas, oscuridad… y, para rematar la faena, la muerte de todos los primogénitos.

Soy un cabrón, lo sé.

Lo del mar Rojo abriéndose y cayendo sobre el resto de egipcios supervivientes (¡mira que eran duros!, después de todas las putadas que les había hecho todavía quedaban algunos) también fue un numerazo, pero ni con esas logré ganarme la confianza de los israelitas. Mientras yo le otorgaba a Moisés en la cima del monte Sinaí las famosas Tablas de la Ley escritas, como dice la Biblia, por mi propio dedo (lástima que se perdieran, porque sabríais que no es verdad el bulo de que escribía con renglones torcidos), abajo la plebe se dedicaba a adorar a un becerro de oro. Ahora hacéis lo mismo, pero con un balón.

Y por más maná y señales que les ofrecía, dudaban y dudaban de mí y de mi elegido Moisés. Tampoco les culpo. Como ya digo, 40 años para recorrer unos cuantos kilómetros mosquea al más pintado.

Los Diez Mandamientos decidí resumirlos en dos, para que cuando hubiese Twitter fueran más fáciles de viralizar. Y es que yo siempre he sido muy de mandar. Y de matar. Fui dejando perlas por toda la Biblia ordenando la muerte a diestro y siniestro: hechiceros, adúlteras, homosexuales, mujeres violadas, adoradores de otros dioses, hombres que yacen con mujeres durante su menstruación y descubren su desnudez, al que pega a su padre o a su madre, al que maldice a su padre o a su madre, al que no obedece al juez o al sacerdote, a los que trabajan en sábado, a los que plantan dos cultivos distintos en el mismo campo, a las mujeres que lleven prendas hechas de dos tipos de tejidos diferentes… y cualquier otra cosa que se me pasara por la cabeza ese día. Ya me conocéis.

6. Héroes de leyenda

Después del pufo de la Tierra Prometida tenía ya muy puteado al sufriente y algo descreído pueblo de Israel. Así que dispuse que nacieran de entre ellos algunos héroes que les levantaran la moral, pero tampoco me esmeré demasiado.

Así creé a Sansón, otra advertencia más de cómo la bondad e ingenuidad del hombre sucumbe ante la perversidad de la mujer, y también de mi animadversión hacia las construcciones humanas.

También creé a David, que se cargó a Goliat demostrando que el tamaño no importa si tienes buena puntería.

¿Y Salomón? Muy sabio, sí. Tanto que poseía un harén en el que se incluía hasta la mismísima hija del faraón, y además adoró a otros dioses en su vejez por si las moscas.

Nunca me convencieron los héroes. De hecho, el grueso de la

humanidad está compuesta de antihéroes. Antihéroes… y profetas. Como Jonás.

7. Jonás

Jonás como profeta dejaba mucho que desear. Le encargué que fuese a Nínive, para advertir a sus habitantes de que la iba a destruir, y me dijo que sí, que vale. ¡Que vale, que se largó corriendo en dirección contraria! Se montó en un barco que iba a Tarsis (la que muchos identifican con la mismísima península ibérica), 3500 km al oeste de Nínive.

Tan tranquilo, se echó a dormir en el barco. Parece mentira que no me conociera. Inmediatamente envié una tempestad que amenazó con hacer zozobrar al barco. Los marineros se interrogaban unos a otros acerca de quién tendría cuentas pendientes con Dios. Finalmente, el propio Jonás confesó y fue lanzado por la borda, y yo detuve la tempestad.

Pero no quería matarlo. Este Jonás me divertía mucho. Envié un enorme pez que se lo tragó y lo tuvo viviendo dentro de él durante tres días. Yo no sé, o se lo tragó el pez o es que vosotros os lo tragáis todo: ja, ja, ja.

Después del escarmiento le ordené de nuevo a Jonás marchar a Nínive para avisarles de que en 40 días (en la Biblia todo pasa siempre en periodos de 40, tenemos sistema métrico cuarentagesimal) la ciudad sería destruida. Esta vez Jonás, aunque sabía que su tarea no sería muy grata, sí acudió. Y hete aquí que por una vez me entró como perecilla destructora y dejé pasar el plazo sin aniquilar la ciudad.

Claro, Jonás estaba cabreado: que si tanta leche para esto, que si hay que ir se va pero ir para nada es tontería, etcétera. Al final le monté un numerito con una higuera y le dije: «Por mi parte, ¿no debería yo sentir lástima por Nínive, la gran ciudad, en la cual existen más de ciento veinte mil hombres que de ningún modo saben la diferencia entre su mano derecha y su izquierda, además de muchos animales domésticos?».

¡Chúpate esa! ¡Ahora iba de bueno!

Jonás alucinaba, claro. Cualquiera que conociese mis antecedentes, también lo habría hecho.

8. Todo son risas hasta que…

Y así iba transcurriendo el Antiguo Testamento: unas plagas por aquí, unas lapidaciones tontas por allá, fornicaciones e incestos que daban para varios culebrones, pruebas de fe absurdas, bromillas que acababan con la muerte…

¡Ah, qué grandes historias! Cómo olvidar a Onán, patrón de los pajilleros, al que condené a muerte por hacerse una gayola, o a Elías y su carro de fuego, patrón del *tunning*…

Pero no me confundáis a Elías con Eliseo, que os conozco. Eliseo era un tipo muy majo también, y colega de Elías, pero era otro, ¿eh? Su historia más famosa comienza un día en que unos niños empezaron a gritarle y, bueno…, ejem…, esto es lo que dice mi libro que sucedió:

> *Después subió de allí a Beth-el; y subiendo por el camino, salieron los muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: «¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!».*
>
> *Y mirando él atrás, violos, y maldíjolos en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos cuarenta y dos muchachos.*
>
> *De allí fue al monte de Carmelo, y de allí volvió a Samaria.*

¡Qué tiempos!

Iba todo de lujo hasta que a mi Padre —es decir, a mí, en un ataque de bipolaridad— se le metió en la cabeza que había que salvar

a la Humanidad, no se sabe muy bien de qué. Y no se le ocurrió otra cosa que inventar que el método fuese convertir a Dios en hombre y morir en una cruz.

Pidió voluntarios: Él decía que estaba muy mayor (no es listo ni ná), el Espíritu Santo…, uf…, ¡menudo pájaro! Así que me tocó la china. Tuve que decir que sí. Es como cuando, allá por el Pleistoceno televisivo, antes del invento del mando a distancia, tu padre te decía que te levantaras a cambiar de canal. Sabías que era injusto que tuvieras que hacerlo tú siempre, pero lo hacías. Pues eso.

Yo al principio pensaba que era una broma de las suyas, como la del sacrificio de Isaac. Estaba convencido de que en el último momento diría que ya estaba bien la coña y apartaría de mí ese amargo cáliz. Sí, sí. Había subestimado a ese cabrón.

No me apetecía nada bajar a la Tierra, y menos convertirme en un vulgar ser humano, así que, como sabía que a mi Padre le gusta negociar, le puse una serie de condiciones, las cuales quedaron recogidas en un documento secreto que aquí os desvelo en primicia:

CONDICIONES BAJO LAS CUALES YO, JESÚS, DECIDO BAJAR A LA TIERRA

—Ser varón. La sociedad es un poco machista y te lapidan por menos de nada si eres mujer. Además no quiero tener la regla.
—Medir 1,80 por lo menos, tipazo, abdominales, ojazos y, muy, muy importante: pelazo.
—Tener siempre bebida a mano.
—Ser capaz de hacer el *Moonwalker* sobre el agua.
—No tener que estudiar ni trabajar nunca.
—Poder quedarme en casa hasta los 30.
—No tener nunca hijos, ni suegra ni cuñados.
—Pasar tres años por ahí dando vueltas con los colegas y después volver al Cielo.

—Poder decir que eres la hostia y que nadie se piense que eres un creído porque es verdad.
—Estar siempre rodeado de pecadores y pecadoras.
—Saltarme a la torera la ley de Moisés y todas esas zarandajas. El hombre no se hizo para el sábado, sino el sábado para el hombre.
—Llevarme a 12 tíos al huerto y que a todo el mundo le parezca bien.
—Liarme a latigazos en el Templo y quedar como Dios.

¡Ahora sí estaba preparado para bajar a la Tierra!

B. NUEVO TESTAMENTO

Diréis que solo le he dedicado veinte páginas al Antiguo Testamento, siendo esta la parte más extensa con diferencia de la Biblia. La razón es la misma por la que también mi Iglesia le dedica mucho más tiempo al Nuevo: no salgo muy bien parado.

El Antiguo Testamento no es que sea políticamente incorrecto, es que es un sindiós que no hay por donde cogerlo. Si a alguien se le ocurriese denunciarme ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, allí encontraría suficientes pruebas de cargo para condenarme por asesinato, genocidio, violación, estafa y todos los delitos habidos y por haber.

Precisamente, la idea de bajar a la Tierra surgió como una estrategia para un buen lavado de imagen. La excusa era para salvaros, pero lo que realmente quería salvar era mi reputación.

Aunque al principio mi Iglesia os prohibiese leer la Biblia por vuestra cuenta, sabía yo que se acabaría inventando la imprenta y hasta Internet, y la batalla de la opinión pública sería decisiva para mi supervivencia. Al fin y al cabo solo existo dentro de vuestra

imaginación.

1. ¿En qué palacio naceré, Padre?

—Tú eres tonto, Hijo mío —me contestó mi Padre—. A ver si te crees que una campaña de lavado de imagen se empieza así. Tú nacerás en un pesebre, rodeado de una mula y un buey.

—Pues no voy.

—Está bien… ¿Y si te mando a tres reyes con regalos?

—Pero mándales una estrella fugaz en el cielo que les guíe, que te conozco y no quiero que tarden 40 años como Moisés.

—De acuerdo. Eres la hostia.

—Y tú. Ja, ja, ja.

—Lo has clavao, ja, ja, ja.

Pues después de hablar conmigo mismo ya me estaba haciendo hasta ilusión lo de convertirme en hombre.

Solo faltaba encontrar la candidata para ser mi madre. ¿Y qué mejor madre que una virgen? Pero no virgen antes de engendrar, no. Virgen antes, durante y después. Olé, olé y olé.

Había por aquellos lares una joven muy agradable desposada con un tal José. La elección de María no fue en base a sus cualidades personales, al fin y al cabo, como se desprende de la Biblia, era una chica del montón como Pepi, Luci y Bom. Lo que María tenía de estupendo era un marido nada celoso, el bueno de José. Un tipo tranquilo y bastante crédulo al que al decirle que a su mujer la había dejado embarazada una paloma, en lugar de lapidarla como estaba de moda en aquella época, se lo tomó con calma y ni siquiera la abandonó. Ah, san José, el pagafantas de la Biblia.

Enviamos un ángel a la chica para anunciarle nuestros planes. Me hizo la cobra un par de veces, pero al final la pobre dijo que sí. Si os fijáis en la cara que tiene en las procesiones, se nota que todavía no se ha recuperado del susto. El tema de la fecundación era algo delicado. Comprendedlo, yo ya tenía Padre, y muy egocéntrico, así que no iba a dejar que ningún vulgar ser humano se tirase a su madre, o mujer, o yo qué sé. San José estaba descartado. Mi Padre tampoco quería tirarse a mi madre porque, como Él soy Yo, sería a la vez su Hijo, y no era plan llegar a la Tierra con ese pedazo de complejo de Edipo a mis espaldas.

Así que el Espíritu Santo, que, como digo, es muy pájaro, se ofreció voluntario «muy a su pesar». Él se llevaba la parte divertida y a mí me crucificaban. Le odio. ¿Que no habéis entendido nada de este párrafo? Yo tampoco. La Santísima Trinidad es un misterio.

Se obró el milagro y, en un pesebre, bien acolchadito de paja, con una mula y un buey —salvo que Benedicto XVI diga lo contrario—, dentro de una cueva y en plan inmigrante ilegal, un 24 de diciembre del año 0 venía al mundo el hijo de Dios. Vale, lo del 24 también es mentira. Y lo del 0. Muchos dicen que nací el 4 antes de mí, una pequeña paradoja más en la historia.

Como a mi Padre le gusta más una matanza que al que inventó el jamón, para celebrar lo de mi nacimiento le metió al rey Herodes la idea en la cabeza de que lo iba a destronar y que tenía que matar a todos los recién nacidos de la zona.

Y los mató. Yo me libré porque era Dios, siempre ha habido clases. Para huir de Herodes mis padres decidieron llevarme ¿sabéis adónde? Pues a Egipto. Con la de plagas que les había mandado y lo que les había puteado en el Antiguo Testamento. Si es que no tengo vergüenza, ja, ja, ja. La matanza de los inocentes debió de ser algo tan divertido que desde entonces cada 28 de diciembre la gente lo celebra gastándose bromas. ¡Si es que sois peores que yo!

2. Trabajar la madera, mi destino

Estuvimos un tiempecito de vacaciones en Egipto hasta que murió Herodes. Vimos las pirámides y poco más. Ya de vuelta a Israel, nos instalamos en Nazaret, una ciudad residencial muy mona de la región de Galilea, para que se cumpliera lo que estaba escrito: «Le llamarán el Nazareno». Bueno, por eso y porque en Judea no estaba ya Herodes, pero reinaba su hijo, que tampoco parecía muy simpático.

Yo iba creciendo como un niño normal. No levantaba coches ni nada, como hacía Supermán. Mi Padre me tenía restringidos los superpoderes para que no me malcriara. Llevábamos una vida bastante aburrida. Yo iba al colegio a aprender las cosas de aquella época: que mi viejo lo había hecho todo, que la Tierra era plana y estaba en el centro del Universo, que el Sol se movía, que casi todos los alimentos eran impuros, que si una mujer era un poco ligera había que lapidarla… Lo normal.

Mi padre adoptivo, José, era carpintero. A mí lo de los maderos y los clavos me daba muy mal rollo, así que procuraba pasar poco tiempo en el taller. Y mi madre se pasaba todo el día dándole de comer a las palomas.

A veces miraba al cielo y rezaba tratando de hablar con mi Padre celestial, pero me pasaba como a vosotros, nunca me contestaba. ¿Qué estaría haciendo? Probé con Zeus y con Odín, pero tampoco. Eso sí, aquella semana me dio un misterioso dolor de muelas en castigo a mi herejía… Mi Padre estaba callado, pero seguía teniendo los mismos celos de los otros dioses y la misma mala leche de siempre.

Un día le dije a mi padre, José:

—Papá, ¿sabes que soy el hijo de Dios?

Y él me contesto:

—De Dios sabe quién, hijo mío, desde luego mío no.

Y cogió otra vez los clavos y la madera y yo hice mutis por el foro como siempre.

Mi madre me decía que a todos los niños los traía la cigüeña, menos a mí, que me trajo una paloma.

—Hijo mío, ¿me ayudarás alguna vez en el oficio de la carpintería? Algún día la heredarás —me requería mi padre.

—Tengo alergia a la madera —respondía yo.

¡Es que era ver dos tablones en cruz y ponerme malísimo!

Una tarde me llevaron mis padres al templo, de paseo. Empezaron a discutir una vez más sobre si yo era hijo del lechero, del panadero o del carnicero y yo me escapé por ahí a echar un vistazo. Me encontré con unos señores con extraños atuendos que me miraban raro. Uno de ellos incluso me dijo que iba provocando con mi túnica tan cortita. Para desviar su atención hacia otro tema me puse a hablarles de la Palabra de mi Padre y alucinaron con lo que sabía. Ya estaban debatiendo si adorarme, lapidarme o violarme, cuando aparecieron corriendo mis padres muy alarmados.

—¡Hijo mío, estás aquí! Tu padre y yo estábamos preocupadísimos. ¿No habrás jugado al teto con estos señores? ¡Vámonos, José, que nos lo desvirgan!

3. Me voy de bautizo. El mío

Me parece maravillosa la costumbre de bautizar a los niños al poco de nacer. Es una idea brillante, porque no pueden oponerse. Ya para siempre constarán como miembros de mi club, salvo que un día realicen ese acto tan feo y engorroso de apostatar. En mis tiempos no era así. Yo me bauticé bien mayorcito a manos de mi primo Juan el Bautista, que por algo le pusimos ese nombre.

Lo de Juancho, como yo le llamaba, también tenía su guasa: había nacido de una madre estéril, como Dios manda. A Zacarías, su marido, mi Padre lo dejó mudo del susto.

Juan era el típico *hippie* inadaptado que se dedicaba, según sus

propias palabras, a «clamar en el desierto». La gente iba a verle, él les hablaba de que mi venida estaba cerca (en esto fue precursor de los Testigos de Jehová) y todos volvían muy contentos a la ciudad hablando de lo santo que era. Como todavía no había llegado la moda de las pulseras de cuero, se dedicaba a bautizar y cobraba la voluntad.

Un día aparecí yo por allí y, nada más verme, se me puso en plan humilde. ¡Que no lo digo yo!, ¿eh?, que lo cuenta Mateo: «Pero Juan trataba de impedírselo diciendo: "Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?"» (Mateo, 3, 14).

Y yo, «Venga, que me bautices», y él, «Que no», y yo, «Que sí», y él, «Que no, Maestro, que tú vales mucho», y yo «Que sí», y él «Que no», y yo «Que sí, que te mando una plaga que te cagas», y él, «Vale, vale, lo que tú digas, que para eso eres Dios».

Con el numerito que me montó, no sé por qué luego en Juan 1:33 dice: «Yo no lo conocía».

El agua del Jordán estaba fría de cojones. A partir de ese día decidí andar sobre ella en lugar de bañarme. Justo al derramarse el chorro sobre mi cabeza se abrieron los cielos y se oyó la voz de mi Padre diciendo:

—«Este es mi Hijo bien amado, en quien me complazco».

—¡Coño, Padre! ¡Ya era hora de que te dejaras ver! Que llevo hablándote 30 años y ni caso.

Respuesta: el silencio. ¡Qué andaría tramando mi Padre que estaba tan callado últimamente!

Juan empezó a hacerse realmente famoso. Su estilo *vintage* —incluso para la época— causaba sensación. Todos decían que era un hombre sabio y muchos incluso que era el Mesías. ¡Problema a la vista! ¿Y cómo soluciona Dios los problemas? Estaba claro, alguien iba a morir.

Por supuesto, una vez más la culpa la tuvo una mujer, bueno, dos. En aquellos tiempos reinaba Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, aquel famoso de la matanza de los inocentes. Se había liado con la esposa de su hermanastro, Herodes Filipo, llamada Herodías… Sí, eran poco originales, aquí todo el mundo se llamaba Herodes.

Juan les recriminó su actitud adúltera y Herodes, temeroso de la fama que estaba adquiriendo el Bautista, decidió encarcelarlo.

En la fiesta de cumpleaños de Herodes, Salomé, la hija de Herodías, obsequió con un baile tan espectacular al viejo que este quedó prendado y le prometió darle lo que quisiera. Ella preguntó a su madre qué debía pedir, y como Herodías le tenía ganas a Juan, que la iba poniendo de puta para arriba, le dijo a su hija: «La cabeza del Bautista en una bandeja». Y así fue.

A mí me vino de perlas, de un plumazo me había quitado a un incómodo competidor que en aquellos tiempos tenía más discípulos que yo.

4. De tentaciones por el desierto

El ejemplo de Juan me había enseñado que el que se iba solo al desierto a meditar se volvía muy popular, así que una buena tarde que mi padre se estaba poniendo más pesado que de costumbre con que le ayudase en la carpintería decidí darme una vuelta por allí.

Dice la Biblia que «después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre». Vamos a ver, tuve hambre al rato de salir de casa, que me fui sin merendar y yo siempre he sido de buen comer. Que si multiplico panes y peces es por algo… Lo que pasa es

que con tanta duna me perdí y la cosa se alargó.

Allí estaba yo en el desierto, sin saber qué hacer. Por aquellos tiempos el móvil todavía no existía. Y en esto apareció el diablo para darme un poco de conversación:

—Hola, Yisus, ¿cómo te va?

—¡Hombre, qué sorpresa! ¿Pero tú no estabas en el Infierno?

—Ya ves, lo tengo tan atestado que allí no hay quien aguante. He subido a ver qué hacías. ¿Sabes algo de tu Padre?

—¡Qué va! Llevo 30 años aquí abajo rezándole y ni caso. Un día dijo una frase y no me enteré muy bien, porque estaba debajo del agua bautizándome.

—Tu Padre, siempre tan oportuno.

—Me tiene olvidado. Encima me hace nacer en un pesebre, y no veas el mal rollo que hay en mi casa entre mi padre y mi madre. Mi viejo tiene más cuernos que tú, tío. Y encima, de todos los oficios del mundo, resulta que es carpintero, con el yuyu que me dan las tablas y los clavos.

—Te comprendo. ¿Qué me vas a contar a mí? Me hizo sabio y hermoso para darme luego la patada. Y solo me deja convertirme en serpiente y macho cabrío.

—¡Calla, calla! Que a mí me ha dejado aquí abajo sin superpoderes. No veas la rabia que da que te putee el clásico abusón del colegio y tú sin hacer nada siendo Dios. ¡Me quitaba el bocadillo todos los días! Y yo sin poder multiplicar panes. Me ha dejado traumatizado. Por cierto, ¡tengo un hambre!

—¿Quieres algo de papeo? Te puedo traer algo de abajo, aunque es todo comida basura.

—Deja, deja, a ver si luego damos qué hablar. Como se entere mi Padre, me crucifica.

—Bueno, pues nada, me voy. No estés mucho por aquí, que por la noche refresca y puedes coger frío.

—Gracias, Satán. Cuídate.

5. «Os haré pescadores de hombres»

Mi estancia en el desierto no me aportó demasiado, pero volví a casa con la firme decisión de coger mis cosas y no volver en lo que me quedara de vida. Estaba harto de la carpintería, del ambiente irrespirable entre mi padre y mi madre, de las cagadas de paloma por todas partes… ¡Quería independizarme a los 30, a vuestra imagen y semejanza!

—Padre, madre…, me voy. Como hijo de Dios he de tomar mi camino, predicar la buena nueva, salvar a la humanidad.

—Pero ¿dónde vas, hijo mío? ¡Y te tengo dicho que dejes de decir esas tonterías, que ya los vecinos nos miran raro!

—A liberar a los hombres, a enseñarles la Verdad y mostrarles la Luz, a guiarles por la senda de mi Padre.

—A ese tengo ganas yo de encontrarle también para decirle unas cositas —terció el pagafantas.

—Te dije que fue una paloma, José.

—A otro perro con ese hueso, María. ¡Eso se lo cuentas a tu madre!

—¡No te metas con mi madre, que es una santa!

—¡Me meto con quien me da la gana!

Allí los dejé discutiendo. Ni se percataron cuando la puerta se cerró a mis espaldas. Después decidí que era mejor que mis evangelistas no narrasen aquella despedida. Como tantas otras cosas.

Comencé a caminar sin rumbo fijo hasta que pensé: ¿a dónde voy? Pues a la playa, que allí se está como Dios. Y me encaminé hacia el mar de Galilea.

Cuando llegué, encontré a unos pescadores echando sus redes al mar. Empezamos a hablar del tiempo, de las lapidaciones —en aquella época todavía no se había inventado el fútbol—, de temas triviales, vaya. La conversación transcurría sin mucha trascendencia, hasta que le pregunté el nombre a uno de ellos:

—¿Cómo te llamas?

—Simón, pero me llaman Pedro.

—¿Simón o Pedro?

—Da igual.

—No, no da igual. Porque estoy pensando en montar un negocio de vinos y me da en la nariz que con el nombre de Don Simón nos forraríamos. Aunque, bueno, lo de Pedro me suena a piedra, y para una constructora tampoco sería mal nombre. ¿Ganáis mucho con la pesca?

—Muy poco. Hay muchos pescadores y pocos peces. La verdad es que muchos días venimos solamente por no aguantar a nuestras mujeres.

—Pues si venís conmigo, os prometo que lo petamos. Vamos a tener tantos clientes que en vez de pescadores de peces seréis pescadores de hombres. Solamente es cuestión de ganas y un poco de olfato comercial.

La Biblia dice que dejaron todo y me siguieron. Ni hablar. ¿Qué les podía ofrecer yo? Hasta que no se enteraron de que convertía el agua en vino, no vinieron a mí.

6. Las bodas de Caná

Todo el mundo sabe que las bodas son entretenidas siempre que se esté lo suficientemente borracho. De lo contrario, son algo inaguantable.

Conversaciones sobre el tiempo, tópicos por doquier, preguntas inoportunas sobre la pareja o la ausencia de ella, pequeñas torturas en forma de zapatos de tacón altísimos o corbatas que te asfixian en agosto, la horita interminable de la misa, la espera a que los novios lleguen a la iglesia, la espera a que los novios lleguen de hacerse las fotos, la espera a que los novios abran el baile…

Muchos me preguntan cómo, de tantos males y necesidades que hay en el mundo, utilicé mi primer milagro para convertir el agua en vino en lugar de curar la lepra o acabar con el hambre en el mundo.

Pues bien, si no os ha convencido todo lo que acabo de explicar os

daré algunas razones más:

—Los milagros no son como los deseos del genio de la lámpara, no se gastan.
—Para abrir mi negocio y escapar de mi destino en la carpintería era fundamental empezar con un acto de promoción tan bueno como este.
—Para qué lo vamos a negar, siempre me gustó el vino. Lo llevo en la sangre.
—Me lo pidió mi madre y a una madre no se le niega nada.

Además en la boda había una tía que me gustaba y no me hacía caso. Tenía que intentar emborracharla. Se llamaba Magda.

¡Ahhh, Magda! La primera vez que la vi fue como si el tiempo se detuviera. Bueno, la verdad es que el tiempo realmente se detuvo: lo detuve yo para verla mejor. Lo primero que me cautivó fue su mirada: sus grandes ojos mostraban a la vez una limpísima inocencia y una irresitible invitación al pecado. Sus pómulos eran la creación más perfecta que había visto nunca, y lo digo yo que soy un experto en creaciones. Y sus labios parecían dibujados por el mismísimo Satán. Por un momento dudé de si no se trataría de una de las tentaciones de ese cabroncete. Pero mi sentido omnisciente —algo así como el sentido arácnido de Spiderman— me decía que no. Que ese pibón era real, auténtico, único, original e irrepetible.

Tenía que acercarme a ella, decirle algo —ingenioso, a poder ser —, pero la famosa Gracia de Dios parecía haberme abandonado.

Yo, que había arrasado ciudades enteras sin despeinarme, que había enviado plagas, que había creado el Universo…, me encontraba desarmado ahora ante la belleza de una mujer. Estaba enamorado. Y Dios es amor. Era una redundancia, una especie de ecuación explosiva. Tenía que decirle algo rápido.

Mesé mis largos cabellos, me atusé la barba, comprobé que mi túnica estaba en perfecto estado de revista… y ya me levantaba con la excusa de ir al baño cuando…

—¡No les queda vino, Jesús, haz algo!

Era la voz de mi madre.

—Anda, mamá, ¿qué haces aquí? ¿A ti también te han invitado? ¿Y el pagafantas dónde está? Ah, ¿que os habéis separado? Es lo mejor para todos. Pero, mamá, sabes que no tengo superpoderes. Por mucho que lo he intentado, hasta ahora no he sido capaz de hacer un puto milagro.

—Mira, hijo, me ha dicho un pajarito —mi madre, siempre con los pajaritos— que te los acaban de activar, así que o te pones a convertir estas garrafas de agua en vino o te agarro de una oreja, te llevo de vuelta a casa y dejas de dar vueltas por ahí con esos amigos tan raros que te has echado.

—Está bien, lo voy a intentar.

Era mi primer milagro. Y la chica que me gustaba estaba mirando. Estaba muy nervioso. Como era la primera vez, no sabía muy bien lo que había que hacer. ¿Debía decir Abracadabra? ¿Aparecería una mano desde el cielo entregándome una varita mágica? Todo el mundo estaba observando, así que tenía que improvisar.

Aparenté que me concentraba. Solo para quedar bien. Pero de pronto empecé a notar «la Fuerza». Pensé en alcohol y drogas, descarté las drogas, divisé el futuro: imágenes apocalípticas de miles de jóvenes haciendo botellón, jugadores de fútbol borrachos celebrando títulos de Liga, personas aparentemente normales realizando extraños bailes con unos trozos de tela en la cabeza llamados corbatas… El agua empezó a moverse en círculos concéntricos, primero despacio y luego más rápido, formando miles de pequeñas burbujas…, entonces extendí mis manos y pronuncié las palabras:

—Alcohol. Alcohol. Alcohol. Hemos venido a emborracharnos y el

resultado nos da igual.

¡El agua comenzó a cambiar de color y el rostro de los invitados también! ¡Estaba realizando mi primer milagro! En cuestión de segundos, las garrafas de agua se convirtieron en un crianza de Nazaret bastante aceptable. Tomé una copa, la llené y me acerqué a Magdalena.

—Señorita, me gustaría que fuese usted quien hiciese los honores.

—No bebo, gracias.

¡Vaya cortarrollos! Me acerqué a los novios.

—¿Me hacéis el honor?

—¿No será un truco para envenenarme y así casarte con mi hermano como manda la Ley? —dijo él mirando a la novia.

—No tienes hermanos, cariño.

—Es verdad. Perdona, estoy un poco nervioso todavía. ¡Galileo, dame ese vino!

El novio apuró la copa de un trago.

—¡Es excelente! ¡Mucho mejor que el que habíamos encargado! Tono ligeramente afrutado, se aprecia cierto sabor a roble y es vigoroso en boca, con cuerpo y nivel de acidez y taninos muy bien conjuntados.

—Vale, cariño, no te sueltes el rollo ¡y que rule la botella!

Todo el mundo se puso a beber, mi madre me felicitó y yo me convertí en el salvador de la fiesta. Pronto todo el mundo estaba borracho. Todos menos Magda. De toda la gente del siglo I la única abstemia tenía que ser ella. ¿Sería también vegetariana? ¿Cómo iba entonces a comer el cuerpo de Cristo?

Aproveché que los invitados estaban bailando la conga samaritana en el salón principal y me acerqué a Magda, que, apoyada en la barandilla del balcón que daba al jardín, observaba con aire lánguido el horizonte.

—¿Ves todo eso? No, el huerto, no, lo otro. Las montañas, el cielo, los astros. Todo eso lo hice yo. De la nada. Y en solo seis días.

—Pero ¿de qué vas, de sobrado? Porque a mí los tíos así no me van. A ver si te crees que porque hayas hecho el numerito ese del vino ahora voy a caer rendida a tus pies.

—No, si yo soy muy humilde. «A quien se humilla, Dios lo ensalza». Anda, bebe un traguito.

—Solo sabes hablar de beber. Tío, tienes un problema muy serio con el alcohol.

—Tienes razón, lo del vino lo llevo en la sangre. ¿Tienes algo que hacer el viernes? Podríamos ir a alguna lapidación.

—Eres tonto, tío. Sabes que a las mujeres no nos dejan ir a las

lapidaciones a no ser que seamos las apedreadas. ¿De dónde te has caído tú?

—Del cielo.

—Sí, guapo. Ahora me vas a decir que eres un ángel. ¿No se supone que el piropo es al revés? Eres un tío muy raro, Yisus.

—Ya, la estoy fastidiando. Perdóname. Intento ser natural, pero es que tengo un pequeño trastorno de personalidad múltiple y no sé con cuál de las tres quedarme.

—Estás p'allá, tío.

—Sí, es que mi Reino no es de este mundo.

—Joder, qué cuelgue tienes.

—No me hables de colgar, Magda, que me da muy mal rollo. Venga, descartamos lo de las lapidaciones. ¿Hacemos otra cosa el viernes?

—Mira, te voy a dar una oportunidad. Pero porque mides 1,80, estás mazo buenorro y tienes un pelazo y unos ojos azules de flipar. No he visto a nadie como tú por aquí. Todos son morenos, achaparrados y con el pelo rizado. Pero no hables mucho, que la cagas. ¿Estamos?

—Lo que tú digas, Magda.

¡Lo había conseguido! ¡Había sido la estrella de la fiesta y me había llevado a la chica guapa! Mi carrera como Mesías no podía empezar mejor.

7. Bienaventurados

Tras el numerazo de las Bodas de Caná me había convertido en el chico de moda. Multitudes de personas me seguían por la calle. Cuando se olieron que había bebida gratis, Pedro y los otros pescadores enseguida se me arrimaron. Habían dejado a sus mujeres e hijos y se habían hecho perroflautas como yo. Porque yo tenía un perro, pero en la Biblia no sale. Eso sí, era un perro santo, un San

Bernardo para ser más exactos.

Un día hicimos una *rave* y se concentró tanta gente que me tuve que subir a una montaña. Me había convertido en una especie de Justin Bieber y querían escuchar la Palabra. Querían que les diera un sermón. Ahora era su líder.

Como era la primera vez que hablaba en público, utilicé el truco de imaginármelos a todos desnudos. Pero había unas pecadoras justo en primera fila, rollo *groupies*, que estaban para mojar pan, y lo único que conseguí es una notable erección que destacaba en mitad de mi túnica de verano. Me puse rojo y no sabía ni qué decir, así que solté lo primero que se me vino a la cabeza:

—Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el Reino de los Cielos.

Recordé que hacer la pelota al público siempre funciona, y desde luego que funcionó. En aquella época pobre era casi todo el mundo, así que un clamor correspondió a mis palabras. Empecé a sentirme más seguro y proseguí:

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Otro clamor. La justicia por aquel entonces funcionaba fatal. Bueno, como ahora. Me vine arriba y solté otra vez lo primero que se me ocurrió:

—Bienaventurados los misericordiosos porque, porque… —aquí me quedé un poco en blanco—, porque ellos alcanzarán… ¡misercordia!

Clamor popular. Oé, oé, oé, oé. Gritos de «Genio» y de «¡Otra, otra, otra!». Estaba sembrado. Solté otro par de obviedades más y seguí con el peloteo:

—Sois la sal de la tierra. Sois la luz del mundo.

Había un buen rollo que no veas. El alcohol hacía su efecto y ya íbamos por la fase de la exaltación de la amistad:

—¡Hay que amar hasta a nuestros enemigos! ¡Y poner la otra mejilla! La otra almejilla no, la mejilla, la mejilla.

No tenía megáfono y los mensajes llegaban algo distorsionados a los de las filas de atrás. Me puse un poco serio y les dije:

—Orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. —Y a continuación les enseñé el Padrenuestro, para que me lo repitieran 50 000 veces. ¡Qué puedo decir, íbamos mamaos!

Luego les dije que no se podía servir a Dios y a las riquezas, pero Pedro en ese momento había ido a por tabaco, y luego cuando fundó el Vaticano no sabía nada de este punto. Y añadí lo de que no se podía

ver la paja en el ojo ajeno con la viga en el propio. Pero ahí la gente no estaba atendiendo ya.

Era la hora de la merienda y tenían hambre, así que di por terminado el sermón, al que llamé, en un alarde de creatividad, «El Sermón de la Montaña», y como estaba que lo tiraba les dije a estos:

—Traedme cinco panes y dos peces, que me lio a multiplicar y doy de comer a todas estas personas.

Y dicho y hecho. Les ofrecí un *catering* de primera. La gente, llegados a este punto, me adoraba. Fue un día de camping memorable.

8. De milagritos

Mi discurso había sido un éxito. He de reconocer que tampoco tenía un público muy exigente: unos cuantos cabreros y agricultores de la Palestina del siglo I, analfabetos y encima hasta arriba de vino. Los «pobres de espíritu», como a mí me gustaba llamarlos. A veces me pasaba un poco y les llamaba borregos a la cara, les decía que yo era su pastor y les gustaba y todo. Si alguno protestaba, le invitaba a un bocata de caballa con tomate y se callaba.

Yo estaba pletórico. Sentía «la Fuerza» bullendo en mi interior y, aunque mi Padre seguía sin hablarme, me sentía a tope, con ganas de ejercitar los músculos espirituales haciendo unos milagritos. Pronto tuve la ocasión.

Se acercó a mí un leproso y me pidió que lo curase. Me concentré y le dejé la piel mejor que la de Martina Klein. Pero le dije:

—Mira, no se lo digas a nadie; ve, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.

No quería que se me empezaran a acercar todos los leprosos y que mis seguidores salieran corriendo. Así soy yo, contagio la lepra a la humanidad, curo a dos o tres leprosos y quedo como Dios.

Otro día vinieron dos endemoniados que habían salido de unos sepulcros e iban por ahí en plan *Walking dead*. Después de negociar con los demonios y que estos me pidieran permiso para poseer a un hatajo de cerdos, yo se lo di y precipité los animales por un acantilado. Aunque los de la Protectora de Animales me echaron la bronca, creo que solventé el problema.

9. Practicando la resurrección

Cada día «la Fuerza» crecía en mí. Empecé a curar paralíticos, ciegos y tullidos por un tubo causándole un gran ahorro a la Seguridad Social romana. Había depurado mucho mi técnica y los fariseos, que eran muy mal pensados, murmuraban: «Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios». Yo, para contrarrestar, les llamaba «sepulcros blanqueados», que es un insulto que se me ocurrió de casualidad y me moló mucho.

Todo iba viento en popa. Yo no acababa de creerme que me fueran a crucificar algún día como me había anunciado mi Padre, pero por si acaso tenía que encontrar a alguien con quien practicar la resurrección, no fuera a ser que la cosa fuera en serio.

Mira que era mi milagro estrella eso de resucitar a la gente, pero los Evangelistas no se extienden mucho en este asunto. ¡Eso me pasa por buscarme negros para escribir mi libro!

En fin, os lo resumiré. Hice muchos ensayos, pero pueden resumirse en tres:

—La famosa resurrección de mi amigo Lázaro, que solo cuenta Juan. Sí, sí, la famosa en la que dicen las leyendas urbanas que dije eso de «Levántate y anda». ¡Pues no, señor!, eso es de otro milagro, de cuando curé a un paralítico y lo que dije en realidad es: «Levántate, anda, que tienes más cuento…». La culpa de que la gente lo asocie a Lázaro es de Gustavo Adolfo Becquer y su poema El Arpa, donde dice: *Y una voz, como Lázaro espera/ que le diga «Levántate y anda»*. Hay que ver lo culto que soy, para eso soy Dios.

Yo lo que le dije a Lázaro fue: «Lázaro, ven fuera». Se supone por el contexto que vendría andando, claro, no iba a coger el metro. Este milagro fue importante en mis estudios porque me dio la idea clave para resucitar bien: el sepulcro con piedra corredera. Se quita la piedra y se resucita de lujo, mucho mejor que si te entierran con los gusanos o no digamos ya si te incineran. Enseguida tomé nota para mi propia resurrección.

—También resucité a la hija de Jairo y este milagrazo sí lo recogen

tres evangelistas, los llamados sinópticos, que son todos menos Juan, que siempre iba a su bola. Un tipo muy creativo Juan, no hay nada más que leer su *Apocalipsis*.

—Y mi última joyita fue la resurrección del hijo de la viuda de Naím. Este caso solo lo recoge Lucas. El Lucas de *Star Wars* no, el evangelista.

10. La lío en el templo

Así iban transcurriendo los días, suministrando vino a diestro y siniestro, acompañado de la correspondiente tapita de bacalao, ventresca o lo que se terciara. Y todo gratis.

Pronto me gané el odio de los restauradores de la zona, que me acusaban de competencia desleal. Se unieron a mi grupo oficial de enemigos junto con los fariseos, que ya llevaban tiempo criticándome mucho porque había curado a un hombre en sábado. Yo la verdad es que ni me acordaba de que era sábado, con las cogorzas que nos pillábamos me acababa de levantar y pensaba que era viernes todavía. Pero, vamos, que se lo tomaron fatal, porque decían que no se podía trabajar… ¡A mí! Pues por más que les dije que yo solo había trabajado seis días en mi vida no se lo creyeron.

En esto llegó la fiesta de la Pascua, y nos fuimos a la capital, Jerusalén, a comer un poco de cordero, que ya estábamos cansados de la dieta de pan y pescado. Hicimos una entrada triunfal en toda regla. Yo, a lomos de un pollino y la gente, tendiendo ramos a mi paso y aclamándome. El presupuesto era *low cost*.

Decidí acudir a la casa de mi Padre, al templo, a ver si allí tenía cobertura para rezarle, ahora que estaba triunfando para ver si por fin me contestaba. Y en esto que entro y me encuentro un despiporre: todo lleno de animales y de banqueros, valga la redundancia.

«¡Habéis convertido mi casa en una cueva de ladrones!», dije. Me

pillé un rebote de mucho cuidado. Olvidé que había bajado a la Tierra para hacer un lavado de imagen y parecer buenecito y me puse en modo Antiguo Testamento en cuestión de segundos. Me apañé un látigo con unas cuerdas que había por allí y me puse a repartir cera mejor que el mismísimo Indiana Jones.

¡Pero qué se habían creído esos! Luego, con los años, fundaron el Banco del Vaticano y vi que mi cabreo no había servido de nada.

A la salida todavía seguía de mala hostia, valga la expresión. Pasé al lado de una higuera y alargué la mano para coger un fruto, pero no era temporada. Del cabreo maldije a la higuera y la condené a que nunca diera fruto, y la higuera se secó en el momento, o por la noche, ya depende del evangelista que leáis.

Me vieron unos ecologistas que pasaban por allí y se unieron a mi grupo de odiadores junto con los restauradores, fariseos, los de la protectora y los sacerdotes del templo, a los cuales no les había gustado nada mi numerito con el látigo y planeaban en secreto cómo matarme.

11. Nadie es profeta en su tierra

Yo era feliz. Estaba en el mejor momento de mi vida. Por esa época los treinta años todavía no eran los nuevos veinte, pero me estaban sentando fenomenal. A pesar de que la esperanza de vida había descendido una barbaridad desde los 969 que vivió Noé a una media de 40 o 45 años, con lo que ya era un viejales, me sentía estupendamente. Los milagros me salían solos y multiplicaba cada día más rápido. Y la gente me adoraba.

Empecé a pensar que era una pena que mis padres no me viesen, ahora que estaba triunfando en la vida, así que decidí hacerles una visita.

Fui para allá y me puse a enseñar en la sinagoga, pero mis paisanos

estaban mosqueados y decían: «¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene este todas estas cosas?». Y se escandalizaban de mí.

Eso decían. Que tenía hermanos y hermanas. ¡Cómo se nota que no habían ido a catequesis!

Como no hay profeta en su tierra, decidí no gastar fuerzas, cogí el petate y me fui con mi *show* a seguir rulando por otras ciudades.

12. Un gran día

Un día me apetecía hacer algo de senderismo, así que cogí a Pedro, a Jacobo y a Juan, su hermano, y me los llevé a lo alto de un monte.

Si os fijáis bien, en todas las religiones las cosas importantes pasan en lo alto de un monte. En la mía no iba a ser menos. Es que la gente religiosa somos muy de montaña.

¡Hacía un día espléndido! Por el camino fuimos cogiendo setas, nos entró hambre y comimos algunas.

—¿Seguro que son comestibles, Maestro?

—Las creé yo, no lo voy a saber.

Pues no lo sabía, la verdad. Que una cosa es crear el Universo y otra muy distinta acordarte para qué sirve luego cada cosa. El caso es que estaban buenas. Una vez arriba, me transfiguré. Empecé a relucir como el sol y mis vestidos se volvieron «blancos como la luz». Luego esto me lo copió Gandalf cuando se convirtió en Gandalf el Blanco delante de los hobbits. Mis apóstoles flipaban y enseguida vimos aparecer a Moisés y a Elías con su carro tuneado, con los que mantuve una charla informal.

«¡Maestro, qué bien se está aquí! ¡Hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!». Tenían el clásico colocón que te pone más a gusto que un arbusto.

En esas estábamos cuando de pronto apareció una nube de luz y se oyó la voz de mi Padre:

—«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd».

¡Tomaaaaa! ¡El viejo! ¡El que faltaba para que la fiesta fuera completa! Empecé a preguntarle si lo de la cruz era broma, que si me dejaba multiplicar también chuletones, etcétera. Pero ya no me contestó más (tenía que haber pillado la indirecta). Ni que le cobraran por hablar.

Nos tiramos un rato en el monte bebiendo, fumando y sin parar de reír cual canción de Mecano. Luego ya cuando se nos pasó el cuelgue, bajamos.

Una vez abajo les dije:

—«No digáis nada a nadie sobre la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos».

Era una de esas frases tipo *Cuarto Milenio* que siempre me funcionaban. Los dejé boquiabiertos.

13. Se me va de las manos

Las cosas nos iban tan bien que quise hacer una cena de empresa para celebrarlo. Decidimos ir solo los hombres, sin las mujeres, en plan despedida de soltero. Judas me había prometido un número muy gracioso con romanos y todo al final. Lo pasamos de miedo: que si «Tomad y comedme», que si «Estoy tan borracho que el vino ya es mi sangre», que si «Haced esto en conmemoración mía»… Al final estaba un poco mareado y decidí salir al huerto a que me diera el aire mientras estos dormían la mona.

—Oye, Judas, ¿y el número con los romanos que me prometiste?

—Sí, sí, aquí los tienes. Dame un besito, que estoy muy cariñoso esta noche.

Cuando quise darme cuenta estaba detenido. No me asusté porque a fin de cuentas ¿quién no ha terminado alguna noche de juerga en la comisaría?

Pero cuando vi que me llevaban ante el sumo sacerdote, sí que me acojoné de verdad. ¡Que esta gente religiosa está muy loca!

Me preguntaron si era el hijo de Dios y les tuve que decir que sí, porque mi Padre me estaba escuchando, aunque se lo dije un poco con la boca pequeña: «Tú lo has dicho», como diciendo «si tú lo dices». Pero no coló.

Me dieron una buena tunda y me llevaron ante Pilatos.

Pilatos no era mal tío pero era un político y, como todos, lo único que le importaba eran las encuestas. Y su manera de hacerlas era azotándome y luego preguntando.

—¡Tío, Poncio. Si me vas a crucificar igual, deja ya de preguntar!

Pero él decía que quería estar seguro, no fuera a perder dos o tres puntos de popularidad.

Incluso dio a elegir a la gente entre soltarme a mí o a Barrabás, así, en plan Gran Hermano. Y como me tenían envidia porque era el hijo de Dios, y además mi última remesa de vino multiplicado no había salido muy buena, me llevaron para la cruz.

Tres evangelios dicen que yo no cargué con la cruz, que me la llevó Simón el Cirineo. El otro evangelio ni le nombra y dice que la cargué yo todo el tiempo. La solución de mi Iglesia es que la llevamos un rato cada uno y listo.

Todo son risas hasta que ves aparecer al tío de los clavos. Entonces te das cuenta de que lo que te había dicho tu Padre, eso de que te iban a crucificar, ¡era en serio! Intenté escaparme, pero me había retirado los superpoderes el muy…

Me crucificaron entre dos ladrones, como si aquello fuese el

consejo de administración de cualquier Caja de Ahorros. Justo antes de morir, le grité a mi Padre:

—¡Padre! ¿Por qué me has abandonado?

Pero el capullo se hizo el longui otra vez.

14. Un final feliz

Mi historia, como todas las buenas historias de ficción destinadas a un gran público, tiene final feliz.

Me guardaba en la manga el as de la resurreción. La bola extra. El *bonus track*. Mi truco final.

Realmente, no me hizo falta resucitar. No utilicé «la Fuerza» para nada porque no llegué a morir. Los crucificados aguantaban días agonizando en la cruz. Era una forma lenta y cruel de morir. Y finalmente fallecían no a causa de las heridas de la cruz, sino al quebrarles las piernas, lo que les provocaba la asfixia.

Yo tuve buen cuidado de poner en las escrituras lo de «no le quebrarán ni un solo hueso», con lo que no me rompieron las piernas y no me tuve que ver en el mal trago. Me pincharon un momentín con una lanza en un costado, para hacer el paripé. Si me hubiesen atravesado el corazón otro gallo nos habría cantado.

Lo tenía ya todo hablado con mi amigo José de Arimatea, mi cómplice, que se encargó de la logística del plan salvador: solicitar a Pilatos mi cuerpo.

Como recoge la Biblia, Pilatos se extrañó de que ya hubiese muerto, pero no puso pegas. Era su estilo. José me había buscado un buen sepulcro, amplio, bien ventilado, con puerta corredera… Allí, tal y como dice mi libro, me aplicaron aloe y mirra, ambas sustancias con grandes propiedades curativas y paliativas y muy útiles a la hora de desinfectar y cicatrizar las heridas, ja, ja, ja.

Los sacerdotes y fariseos ya se temían una jugarreta por mi parte y

le dijeron a Pilatos:

—Señor, nos acordamos de que aquel engañador dijo, viviendo aún: «Después de tres días resucitaré». Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: «Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero».

Y Pilatos puso dos guardias en la puerta. Dos pobres muchachos con un sueldo de hambre a los que no fue difícil sobornar. Por si no lo sabíais, José de Arimatea era rico.

Por supuesto, cuando «resucité», tuve mucho cuidado de esconderme. Podía haberme aparecido en la plaza de Jerusalén, pero no era plan de que me atrapasen los guardias y me ejecutasen de verdad esta vez.

Me aparecí con cuidado a unos cuantos amigos, a mi Magda la primera, y les cité en Galilea, mi tierra, a un montón de kilómetros de allí, donde estaría más seguro lejos de mis perseguidores.

Como la Biblia dice, me aparecí en cuerpo mortal. ¡Pues claro, porque estaba vivito y coleando! Y hasta les decía que tenía hambre y que me dieran de comer, y comía delante de ellos. Y a Tomás le dejé meter el dedo en la herida del costado, que el tipo no se creía que fuera yo.

Estuve un tiempo entre ellos y luego me piré. ¿Adónde? Quizá eso sea materia para otro nuevo Testamento, ja, ja, ja.

Amén.

EXPLICANDO
LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1. AMARÁS A TU DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS

Eso que quede claro. Después, si queréis, podéis seguir cumpliendo el resto de los mandamientos, pero primero Yo. Y no os pido que me améis. Os lo exijo. Os lo mando. Es el Primer Mandamiento y el más importante. De hecho, acordaos de que os dije: «Estos mandamientos pueden resumirse en dos: amarás a tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».

Fui listo. No dije: «Amarás a tu Dios como a ti mismo», no. Dije «sobre todas las cosas» porque sé que muchas veces amáis las cosas más que a vosotros mismos. Amáis más a vuestro teléfono móvil, por ejemplo. O a vuestro coche. Lamentáis mucho más que se os raje la pantalla o se os raye la carrocería que romperos una pierna. Corren

tiempos en que ni siquiera os amáis a vosotros mismos. Vuestra autoestima está por los suelos.

Debéis comprender que necesito mucho amor. Porque no soy solo una persona, soy tres. Y las tres con graves carencias afectivas:

—El Padre: No tiene esposa. Vive solo desde la Eternidad. Tiene un hijo, se le marcha de casa y solo vuelve cuando lo han crucificado.

—El Hijo: Baja a la Tierra a predicar el amor y acaba repudiado por todos y ejecutado.

—El Espíritu Santo: Una paloma con tan poca suerte en su vida amorosa que tiene que tirarle los tejos a miembros de otras especies.

También reconozco que soy un tipo difícil de querer. Por eso os lo tengo que mandar. Si a mí un ser superior me estuviera todo el día enviando plagas, enfermedades, terremotos, inundaciones y dolores de muelas, tampoco le tendría mucho aprecio.

Os dije que teníais que amar incluso a vuestros enemigos. Quizá me estaba refiriendo a mí.

Hay quien dice que amar es dar sin esperar recibir nada a cambio… No es mi caso. También dicen que hay amores que matan… Se nota que se han leído el Antiguo Testamento.

El amor a Dios es algo fantástico. Hay personas que se encierran de por vida en un convento con el único y exclusivo objetivo de amarme. Luego están los Testigos de Jehová, que prefieren dejar a su hijo sin una transfusión de sangre antes que arriesgarse a disgustarme contraviniendo no sé qué parte de mi libro. Yo soy lo primero. Y lo único. Es un gran ejemplo de amor. A mí.

Como dice la canción de Mecano, «como en cualquier amor el primer mes fue el bueno». Mi historia de amor con vosotros, turbulenta a más no poder, tormentosa a nivel de diluvio, fue así: nuestros primeros días juntos fueron el Paraíso, pero pronto todo se echó a perder. Me dejasteis por otra, la serpiente. Me engañasteis. Y yo no os lo perdoné. Os maldije y os eché de casa.

Me hubiese gustado que todo hubiera transcurrido de otra manera. Pero es que este pronto mío me pierde. Es difícil controlarse cuando se es un Dios. Uno no está acostumbrado a que le lleven la contraria y no sabe cómo reaccionar. Ahora con mi psicoanalista estoy avanzando mucho en la técnica de resolución de conflictos. Cuando me enfado cuento hasta diez y me convierto en Niño Jesús. Así se me pasan las ganas de enviaros una hecatombe. También hago ejercicios de control de la respiración, lo que da lugar a los vientos alisios, contralisios o planetarios, por ejemplo. Otras veces procuro calmar la ansiedad pintando nubes aunque, si estoy muy cabreado, me salen borrascas.

Amor es no decir nunca lo siento. Pues claro, ¿habéis leído en alguna parte de la Biblia que yo pida disculpas? La Biblia es una larguísima carta de amor. Y, como las grandes cartas de amor, está escrita con sangre. La vuestra.

Yo ahora mismo quiero a toda la humanidad, pero como amigos. Lo nuestro es una relación a distancia, yo en el Cielo y vosotros ahí abajo en la Tierra. Y como todas las relaciones a distancia es una relación difícil. A la mínima de cambio os olvidáis de mí y me ponéis los cuernos. ¡Y yo lo veo todo, aunque digan que el amor es ciego!

Hay veces que pienso que no os merezco, pero luego recuerdo que soy Dios y se me pasa. Otras veces sois vosotros los que pensáis que no merecéis mi amor. No os preocupéis, si os quiero y os sigo y os persigo es porque no hay otra cosa. Antes que vosotros creé a otros seres para que me amasen y adorasen por siempre y cantaran mis alabanzas en el Cielo: los ángeles. Pero me salieron rana la mitad. Fue por eso que os creé a vosotros. Y por eso fue también que se me ocurrió esta vez poner por escrito que era obligatorio quererme. Lo grabé en piedra. ¡Y con mi propio dedo!

2. NO TOMARÁS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO

El Segundo Mandamiento también trata sobre mí, ya os he dicho que soy un poco egocéntrico. Os ordena respetar mi nombre, utilizándolo solo para alabarme, y no de forma trivial y mucho menos ofensiva o blasfema.

Con el sexto y el noveno, este es uno en los que veo mayor grado de incumplimiento.

Basta que una persona estornude para que todos los que están alrededor empiecen a decir «¡Jesús!». ¡Como si yo estuviese en el virus del catarro! ¿Y qué decir de vuestros orgasmos? ¿No tenéis otra cosa que gritar que no sea «Oh, Dios mío», «Dios, Dios, Dios», «Oh, my God» y cosas por el estilo? ¿Es que queréis darme envidia? Encima de que tengo que mirar sin poder participar, ¡no me pongáis los dientes más largos llamándome, por Dios! (Vaya, acabo de faltar yo también al Segundo Mandamiento ahora mismo nombrándome a lo tonto).

Otras veces empleáis mi nombre asociado a otra actividad fisiológica, aquella referida al final del proceso digestivo… En fin, corramos un tupido velo.

A veces no sé si soy un Dios o una muletilla en vuestras conversaciones. Incluso he pensado en denunciar a gente como

Carmen Sevilla, que se pasaba la vida diciendo «¡Que Dios os bendiga!», cuando no sabía qué decir.

Habéis perfeccionado tanto la técnica de nombrarme en vano que utilizáis hasta combinaciones:

—¡Dios Mío! ¡Qué hostia se ha dado!

Una de vuestras escenas favoritas del cine es otro ejemplo de cómo os gusta abusar de mi nombre.

«A Dios pongo por testigo de que nunca más volveré a pasar hambre», pronuncia con gran solemnidad Scarlett O' Hara en *Lo que el viento se llevó*. Y para más inri añade: «Aunque tenga que estafar, ser ladrona o asesina». ¡Toma castaña!

Utilizáis mi nombre para cualquier cosa y con cualquier propósito. Los políticos dicen hablar en nombre de Dios, tanto los de un partido como los del contrario. Las guerras se hacen en nombre de Dios. Los telepredicadores hacen caja en nombre de Dios. Los obispos y los curas… Prefiero no seguir.

Uno de los récords a la hora de nombrarme a lo tonto, y mira que el listón estaba alto, lo tiene la mujer de Kaká, el futbolista, cuando dijo que, en medio de toda la crisis económica, yo había puesto el dinero en manos del Real Madrid para que pudiese contratar a su marido. ¡Como si yo fuese del Real Madrid! ¡Si cualquiera que me siga en Twitter sabe que soy del Betis! Bueno, si vemos el «excelente» rendimiento del fichaje, más bien parecería que soy del Barcelona, ja, ja, ja.

En plena época de aumento del paro, con familias enteras sin trabajo, niños al borde de la pobreza, desahucios…, a esta buena señora se le ocurre además que el Dios de los pobres no tenía otro sitio donde poner el dinero que en las manos de Florentino Pérez para que pudiera pagarle un sueldo astronómico a su maridito.

¡Vamos a calmarnos, que me pongo en modo Antiguo Testamento y puede ocurrir una desgracia!

Cada vez que pienso que los ministros juran su cargo sobre una Biblia…, se me ponen los pelos de la barba como escarpias. ¿Por qué me tienen que meter a mí en sus fechorías?

En el Antiguo Testamento había un respeto reverencial a mi nombre y la gente se refería a mí de forma indirecta, por mis atributos. Por ejemplo, Yahvé significa: «Yo soy el que soy». O algo así, que hay varias interpretaciones, como en casi todo lo mío.

Luego ya vino mi Hijo y os pidió que me rezaseis llamándome «Padre» y…, ya se sabe, cuando se os da la mano, cogéis el brazo.

Las blasfemias ya son caso aparte. Antes, afortunadamente, estaban castigadas con la pena de muerte, pero desde que inventasteis esa chorrada del Derecho a la Libertad de Expresión muchas veces tengo que aguantarme con unas amenazas y poco más. Aunque a veces os meto el susto en el cuerpo, y si no, que le recuerden al bueno de Javier Krahe el Cristo que le montaron por mostrar cómo se cocinaba un ídem. Se pensaba que estaba en una sociedad moderna y tolerante, ¡qué tío! Mi primo Alá es mucho peor, de todas formas.

Muchos grandes avances de la ciencia fueron grandes blasfemias de su tiempo. Si con razón os prohibí comer de la manzana…

Desde el punto de vista contrario hay quien dice que la religión es una blasfemia contra la inteligencia… Cada cual que piense lo que

quiera. Perdón, lo que yo quiera.

Mi Iglesia inventó un gran remedio contra la blasfemia: la Santa Inquisición, también conocida como el Santo Oficio. Y oficio tenía mucho. Nadie ha torturado tanto y mejor: la hoguera, el potro, la cigüeña, la doncella de hierro, la tortuga, el cepo, la horquilla del hereje, el cinturón de san Erasmo, el aplastapulgares…

Y, ¡ojo!, porque es muy fácil blasfemar. Incluso el mejor de los cristianos puede blasfemar sin querer. Porque muchas veces la Biblia dice una cosa y su contraria, y no se debe ir contra la Palabra de Dios. Por ejemplo, según qué parte de la Biblia leas, verás que los animales fueron creados antes que el hombre o al revés, o que puedes salvarte solo por las obras o bien solo por la fe, o por ambas. ¡Vaya lío!

¿Qué hacer en estos casos? Pues atenerse a un viejo consejo de las madres y estarse calladito, que en boca cerrada no entran moscas. Si queréis, como sois mi rebaño, podéis balar un poquito, pero nada más.

3. SANTIFICARÁS LAS FIESTAS

¡Vaya, otro mandamiento que habla de mí, qué coincidencia! De momento llevamos tres de tres. También lo podría haber llamado «Te apropiarás de las fiestas» o… «Si no puedes con el paganismo, únete a él».

Como ya sabéis, todas o casi todas las fiestas cristianas son antiguas fiestas paganas que el cristianismo hizo suyas.

¿No iréis a creer que nací el 25 de diciembre, justo cuando se celebraba la superfiesta del solsticio de invierno y se adoraba al Sol *Invictus*?

Y qué curioso que la Semana Santa, que celebra mi muerte y resurrección, coincida con el tiempo en que se celebraba la resurrección anual de Adonis, en plena Pascua judía. Dicha fiesta se llama también Pascua Florida, por coincidir con la fecha de eclosión de las plantas, en plena primavera, la cual era celebrada entre los pueblos antiguos regalando huevos coloreados, símbolos de la vida… ¿Os suenan los huevos de Pascua? ¡Pues los cambiamos por un cordero y listo! Además alimenta mucho más. Ya tenemos cordero pascual.

El 15 de agosto celebramos la ascensión de mi madre a los Cielos. Antiguamente, ese día se festejaba en Grecia y Roma el culto a Diana o Artemisa, diosa de la Luna y reina del Cielo, para evitar que las tormentas acabasen con las cosechas el día de su recolección. Vaya coincidencia, ¿eh?

Las dionisiacas, las bacanales y las lupercales eran tan populares que no fue hasta el siglo V cuando el papa Gelasio I prohibió la celebración de los juegos lupercales del 14 de febrero y lo sustituyó por San Valentín.

La fiesta de San Juan, el que me bautizó, coincide con el solsticio de verano, la de Todos los Santos tiene su origen en antiguos ritos celtas, etcétera.

Pero, a lo que vamos, el mandamiento en sí es el que mejor me cumplís de todos…, por lo de no trabajar, porque lo que es ir a misa…

Aunque hay un poco de lío en esto también. Los musulmanes establecieron como día sagrado de descanso el viernes; los judíos, el sábado, y los cristianos, el domingo.

Luego ya vino el capitalismo y la liberalización de horarios y los centros comerciales y no descansó ni Dios. ¡Y eso que ordené que no trabajasen ni los animales!

¡Para que luego algunos que comentan la Biblia me tachen de poco ecologista!

Si en algunos sitios tiráis la cabra desde el campanario para celebrar la fiesta del pueblo, no es cosa mía.

Un pequeño apunte a la hora de santificar las fiestas: Si tienes algún tipo de discapacidad, mejor no te acerques mucho. Tomad y leed:

Y Jehová habló a Moisés, diciendo:

Habla a Aarón y dile: Ninguno de tus descendientes por sus generaciones que tenga algún defecto, se acercará para ofrecer el pan de su Dios. Porque ningún varón en el cual haya defecto se acercará; varón ciego, o cojo, o mutilado, o sobrado, o varón que tenga quebradura de pie o rotura de mano, o jorobado, o enano, o que tenga nube en el ojo, o que tenga sarna, o empeine, o testículo magullado. Ningún varón de la descendencia del sacerdote Aarón, en el cual haya defecto, se acercará para ofrecer las ofrendas encendidas para Jehová. Hay defecto en él; no se acercará a ofrecer el pan de su Dios. Del pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas, podrá comer. Pero no se acercará tras el velo, ni se acercará al altar, por cuanto hay defecto en él; para que no profane mi santuario, porque yo Jehová soy el que los santifico.

¡Como me entere yo de que venís a hacerme una ofrenda con un

testículo magullado! Otros problemas que surgen con este mandamiento son: ¿Qué pasa si estás en el paro? ¿Cómo santificas el domingo? ¿Como el resto de los días? ¿Y si eres futbolista y tienes partido?

Yo me conformo con que vayáis a misa ese día. Comprendo que la misa no es la cosa más festiva del mundo, aunque haya mejorado algo desde el Concilio Vaticano II, pero haced un esfuerzo y no me dejéis colgado como siempre.

Pensad que, si ya nadie va a misa, ¡podría desaparecer la ropa de los domingos! Y vestiríais todos como Pablo Iglesias. ¿Y dónde os juntaríais mejor para criticar a la vecina o al marido de la Carmen?

Intentamos que la misa sea una fiesta, con comida, aunque sea pan solo, y algo de bebida, que es vino, pero se lo suele beber solo el cura, sin invitar. ¡Y eso que antes se hace la colecta para el botellón! También hay algo de sexo, porque me coméis enterito, pero al final se ve que no acaba de gustar el sarao, porque cuando el cura dice: «Podéis ir en paz», soltáis eso tan feo de «Demos gracias a Dios», como si estuvierais deseando largaros de allí.

4. HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE

Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él.
Levítico 20:9

¡Por fin un mandamiento que no trata de mí! Aunque, bien pensado, yo soy vuestro Padre. Pero no, este precepto se refiere a la familia. Como ya sabéis, mi Iglesia solo admite un tipo de familia: la formada por hombre y mujer, y sus preciosos retoños. Si tienen un chalé, perro y casa en la playa, ya lo bordan.

Así que yo me pregunto qué pensarán los señores obispos y cardenales de la mía. Mi madre es virgen. Mi padre es una paloma. Y además yo soy mi Padre. Y soy la paloma también. ¡Además mi madre estaba casada con otro tipo y durante una temporada estuvimos todos

de okupas en un portal!

Después de todo esto no entiendo por qué los obispos no aceptan cosas más sencillas como el matrimonio homosexual. Que digo yo que si los gays quieren casarse, allá ellos. Todo el mundo tiene derecho a arruinarse la vida. Además en esto la Iglesia muestra muy poco sentido comercial, porque para casarse hay que pagar. Y no me refiero a que uno se pasa «pagando» el resto de su vida, sino a la tarifa que cobra el párroco por el uso de la iglesia.

Recuerdo cuando se aprobaron las bodas gays en España y mi Iglesia se echó a la calle en contra gritando que aquello atacaba a la familia. ¡Pero si precisamente lo que querían los homosexuales era fundar una familia! ¡Y en una época de crisis galopante en la que más que un acto de amor aquello era una heroicidad!

«Incluso un buen matrimonio es la esclavitud. ¿Cómo será entonces uno malo?». Eso decía san Ambrosio, el cachondo, a finales del siglo IV. Porque por aquella época mis trabajadores tenían sus familias como todo el mundo. Entonces sí que podían hablar del tema con conocimiento de causa, y no como ahora.

Desde que Ambrosio soltó aquella perla hubo mucho debate en mi Iglesia sobre si mis curas podían o no casarse, hasta que, en 1074, el

iluminado de Gregorio VII les cortó todo el rollo e impuso el celibato.

Ahora mi papa Paco, que es una persona tan razonable que a veces tengo dudas incluso de si creerá en mí, ha dicho que tampoco es una cuestión de dogma de fe y que puede mirarse. Si ya lo dijo san Pablo, que «es mejor casarse que abrasarse».

Todo esto en cuanto a los católicos se refiere. Evangélicos, protestantes, anglicanos… tienen este tema más que superado y sus pastores se casan y engendran sin problemas. Si fueron los anglicanos los que enseñaron a la gente de Samoa la postura del misionero y todo.

La familia es una bendición. Siempre están ahí para lo bueno y para lo malo. Si a la mafia se le llama la «Familia» será por algo. Por eso estamos en contra del divorcio. Nosotros por ley, canónica, por supuesto, negamos la comunión a los divorciados. Excepto si eres la princesa de Asturias o la secretaria general del PP. En ese caso te divorciaste, pero un poco menos.

¡Con lo fácil que es pedir la nulidad matrimonial y ya está!

Pasando por caja, naturalmente, que en la Iglesia no hacemos nada gratis. Como sabéis, nosotros somos más de pedir.

La gran mayoría de los casos en que se solicita la nulidad matrimonial terminan de forma afirmativa. ¿Tanta gente se casa de forma nula? Algunos diréis que sí, no en vano más de la mitad de los matrimonios acaban en divorcio, ja, ja, ja. Pero no, lo que pasa es que tenemos unos cuantos supuestos que son nuestro coladero particular:

—Nulidad por carecer de uso de razón.
—Nulidad por grave defecto de discreción de juicio.
—Nulidad por incapacidad para asumir las obligaciones esenciales del matrimonio por causas de naturaleza psíquica.
—Error determinante acerca de la unidad, de la indisolubilidad o de la dignidad sacramental del matrimonio.

Es decir, que si aduces que tu juicio no se encontraba muy formado por aquella época (¿alguna vez lo está?) o que pensabas que eso de que el matrimonio era indisoluble era una coña, o que tú eres de Tuenti y ni siquiera conocías esa palabra tan culta, por ejemplo, pues te anulamos el matrimonio, aunque tengas hijos y todo, y ya está. Que así podemos cobrarte otra vez cuando vuelvas a casarte.

¡Ah!, casi se me olvidan dos cosas importantes sobre esto:

—Al matrimonio la mujer debe llegar virgen, o habrá que lapidarla (Deuteronomio 22:21).

—No debéis casaros con gente de otras tribus (Deuteronomio 7:3).

Pero, bueno, no os despistéis con estas cosas y quedaos con el núcleo central del mandamiento: hay que obedecer a los padres, sobre todo si te dicen que vayas a misa. ¿Y si te dicen que no vayas? Pues te saltas su autoridad y apelas a la instancia superior, Yo, vuestro Padre, que soy el que manda.

5. NO MATARÁS

Cuando le di a Moisés este mandamiento olvidé entregarle los anexos. Porque en la Biblia os ordeno que matéis a todo aquel que lleve a cabo estas conductas:

—Adivinación.
—Herir a tu padre o a tu madre.
—Maldecir a tu padre o a tu madre.

—No obedecer al sacerdote.
—Ofrecer sacrificio a otros dioses.
—Adulterio.
—Fornicar si eres la hija del sacerdote.
—Profetizar falsamente.
—Homosexualidad.
—Blasfemia.
—Trabajar en el día de reposo.
—No ir virgen al matrimonio.
—Comer carne de cerdo.

Y muchas más. Cualquiera que repase mi libro verá como una y otra vez ordeno a mi pueblo elegido que mate a sus enemigos, pasando a cuchillo incluso a mujeres, ancianos y niños. Y mi propio hijo, Jesús, aunque iba de bueno, dijo: «Yo no he venido a traer la paz, sino la espada».

Mi Iglesia tomó buena nota y fundó la Inquisición, organizó las Cruzadas… ¡Cuántas guerras se han hecho y se harán en mi nombre! Yo mismo os maté a todos con el diluvio. Y es que hay que reconocerlo, matar me mola. Si hacéis un recuento de víctimas en la Biblia, a ver quién se ha cargado más gente, si el diablo o yo, gano yo por goleada. Que soy amor, pero un punto de sadismo también tengo.

La verdad es que no sé ni por qué incluí este mandamiento en las tablas. Supongo que porque tenía nueve y quedaban mucho mejor con un número redondo y potente como el diez. Los Nueve Mandamientos no habría sido lo mismo.

Si no me gustase la muerte más que a un niño un caramelo, jamás la habría inventado. La muerte es mi modo de arreglar las cosas. Es mi forma de resetear. Mi vuelta a empezar. Tengo las manos tan manchadas de sangre que no hago otra cosa que beber para olvidar. Multiplico y multiplico el vino, lo convierto en mi sangre, pero el grito sigue ahí. El grito es el conjunto de todas vuestras voces pidiéndome

clemencia, suplicando por vuestras insignificantes vidas… Vuestra vida es un valle de lágrimas y yo me dedico a hacer surf.

No es fácil ser Dios. Tienes que tener una conciencia a prueba de bomba. Ser Dios es un continuo coqueteo con la locura. Ves tantas barbaridades que al final te deshumanizas. Por eso decidí hacerme hombre y bajar entre vosotros. Para humanizarme. Me había convertido en un ser insensible y cruel.

Fue realmente sensacional vivir como un humano, gatear con dos añitos, balbucear mis primeras palabras a mi madre, sentir la piel erizándose al contacto con Magdalena, cerrar los ojos y abrazar el primer sol del invierno, saciar mi sed después de una larga caminata en verano… y tantas y tantas de esas pequeñas cosas de las que disfrutáis… Y quise probar la muerte también, pero no me gustó.

Os prometí una segunda venida durante esa misma generación, pero no lo cumplí. Volví a mi existencia anodina entre nubes de algodón, rodeado de santos de cartón piedra y ángeles serviles. Soy un Creador. Pero también soy un gran Destructor. Y vosotros sois tan reemplazables… «Todos los cementerios del mundo están llenos de gente que se consideraba imprescindible», dijo Clemenceau. Es una continua tentación no aplastaros con el dedo a cada momento… Muchas veces me conformo con haceros sufrir, de la misma forma que un niño juega a mutilar lagartijas.

Comprendedme, la vida que os di es algo tan hermoso que me da tanta envidia que os la tengo que joder.

La vida es una canción de amor y de muerte. Me gusta tanto la muerte, que no dejo entrar en el Cielo a nadie que esté vivo. Y, por cierto, todos los cristianos quieren ir al Cielo, pero cuanto más tarde, mejor. Todos queréis encontraros conmigo, pero lo demoráis tanto como podéis. Y si por vosotros fuera, no vendríais nunca. Por eso tengo que mataros.

¿Os imagináis un Dios que no matara? Supongo que le perderíais el

respeto. Y lo cambiaríais por otro dios asesino.

Comprendo que a un sujeto tan peligroso como yo lo tengáis clavado a un cruz.

Hay quien dice que yo mismo no soy otra cosa sino producto de vuestro miedo a la muerte. Que soy el resultado de que vuestro instinto de supervivencia se niega a admitir que después de la muerte desaparecéis. ¡Qué tontería! Si hay un libro entero donde se cuenta mi vida. Y es un libro bien gordo. Si un libro tiene más de cien páginas, ya es un libro creíble. Si lo mismo estuviese escrito en un folleto…, ¡pero en un libro bien gordo…!

Desde aquí desmiento rotundamente que yo sea producto de vuestro miedo a la muerte. Existo. Y no solo existo. Soy un tipo genial. Adoradme. ¡Ah, y no sigáis mi ejemplo y no os matéis!

6. NO COMETERÁS ACTOS IMPUROS

¡Con el sexo hemos topado! En este tema no pasamos ni una. Ya sabéis que a Onán le condené a muerte por practicar la marcha atrás sin mi permiso. Y para colmo su nombre quedó ligado a las pajillas de por vida, ¿verdad, onanistas?

Si os dais cuenta, aunque tienen mucha pluma, hice a los ángeles sin sexo.

Y si bien había otros dioses que iban por ahí disfrazados de aves embarazando mortales, como Zeus, que se disfrazó de cisne para tomar a Leda, yo escogí una tierna palomita y os juro que no hubo nada carnal, que fue todo a través del Espíritu Santo.

El sexo va en el sexto, porque si le quitas la t, que también es una cruz, ya tenemos el juego de palabras. Que Dios no deja nada al azar. También va en el 9 que es un 6 al revés. Y si los juntas te sale un 69.

Decidí dedicarle dos mandamientos a este tema porque os conozco y es muy necesario puntualizar, que luego os liais. Por ejemplo, he visto a gente tratando de rezar el cuatro esquinitas en una cama redonda, ¡y eso es imposible!

Sexo, sexo y sexo. Si os fijáis, las señoras católicas dicen «seso», como si les pareciese obscena esa x que dibuja una mueca lasciva en la boca del que lo pronuncia. Y a veces el seso es lo contrario del sexo, pero no siempre.

Por cierto, y aprovecho ahora que tengo vuestra atención, para haceros un inciso: cuando dije «Quien quiera entender, que entienda», estaba siendo bien clarito… ¡cada cual que se acueste con quien quiera! Que yo en el fondo soy *gay friendly*.

La mitad de la Biblia trata de guerras. La otra mitad… adivinadlo. Dicen que el amor es lo que mueve el mundo, pero el sexo es de lo que más se habla. ¿Sabéis por qué es tan fascinante? Pues porque nosotros lo convertimos en pecado. Si no le hubiésemos dado el morbo de lo prohibido, no tendría ni la mitad de la gracia. Y lo prohibimos prácticamente todo. Cualquier cosa que no sea engendrar es pecado. Por eso en la Iglesia estamos en contra del látex. Es como tratar de engañar a Dios. Yo, desde arriba, pensando que estáis obedeciéndome en eso de crecer y multiplicaros y vosotros, haciendo trampas. ¡A mí es que me pirra lo de la explosión demográfica!

Mucha gente echa la culpa de la visión negativa de la Iglesia hacia el sexo a uno de sus padres, san Agustín. El bueno de san Agustín abandonó a la madre de su hijo y luego se pasó la mitad de su vida luchando contra la tentación de la carne. Escribía cosas como: «Si hubiera cualquier otra forma de tener hijos, entonces cualquier acto de relación sexual sería obviamente una rendición a la lujuria y de ahí un mal uso de esa perversidad» (San Agustín contra Julián, 5,46).

Hubo otro padre de la Iglesia, Orígenes, que interpretó de forma tan literal a Mateo cuando decía: «Hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los Cielos» que se castró cuando era joven, decisión de la que luego se arrepintió, el pobre. ¡Locurillas de juventud!

Todo esto es bastante curioso, porque la Biblia está llena de heroínas sexuales, que hoy son tenidas en gran estima por la Iglesia. Por ejemplo, Tamar, que se vistió de prostituta para seducir a su suegro, o Rahab, la ramera, que ayudó a los israelitas a conquistar Jericó.

A veces comprendo que caigáis en la tentación de la carne. Al fin y al cabo, carne sois. Soy yo el que está hecho de piedra, sobre todo en los pórticos de las catedrales.

Además tenemos un libro de lo más erótico, el Cantar de los

Cantares, que muchos se extrañan de ver en la Biblia, y muchos otros trataron de expulsar de ella.

Tiene frases tan bonitas como:

«Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo precioso difundió su fragancia».

«Manojito de mirra es para mí el amado mío: entre mis pechos quedará».

«Entonces mi amado metió su mano por la ventanilla de la puerta probando si la abriría, y a este ruido que hizo, se conmovió mi corazón. Levánteme luego para abrir a mi amado, destilando mirra mis manos, y estando llenos de mirra selectísima mis dedos».

¡Chúpate esa, san Agustín! Y mucho más bonito que el porno de ahora, dónde va a parar. Podéis ver que tampoco éramos tan meapilas. De hecho en la Biblia la poligamia es algo aceptado, o el trato con prostitutas. Eso sí, lo que estaba castigadísimo era el adulterio, que es el que la mujer de un hombre se acueste con otro. Eso era un delito contra la propiedad, puesto que la mujer era propiedad del marido, y estaba penado con la muerte.

¿Estáis confundidos? No os preocupéis. Haced lo queráis, interpretad mi libro como os plazca…, y en caso de duda, recordad que si el sexo fuese algo tan malo os habría hecho reproduciros por esporas.

Amén. Y amen.

7. NO ROBARÁS

Este mandamiento, como el de «No matarás», iba también acompañado de varios anexos, que el distraído de Moisés se dejó en la montaña. Bueno, realmente no sé si los dejó por distraído o porque, como iban grabados también en piedra, debió de pensar que ya llevaba demasiado peso y se hizo el loco. Recordemos que Moisés era un poco vago: se tiró cuarenta años para cruzar un trozo de desierto, y eso que yo le abrí el mar en dos para que no tuviera que dar rodeos.

Pues eso, lo de «No robarás» realmente es algo relativo. Para empezar, elegí como compañeros de crucifixión a dos ladrones. Y uno de ellos acabó en el Cielo. ¡El otro es que tenía un carácter imposible!

Está muy feo eso de robar. Ya sabéis que hay un refrán que dice: «Es triste pedir, pero más triste es robar». Por eso en mi Iglesia siempre estamos pidiendo. Os podríamos robar, y ni siquiera sería robar, porque al fin y al cabo todo lo que hay bajo el cielo y sobre él

es mío, que para eso lo hice, que antes no había nada de nada. Pero como somos gente de orden, os lo pedimos.

Es más, incluso cada vez os pedimos menos… ¿Os acordáis cuando nos llevábamos el diezmo, el 10% de todo lo que ganabais? Ahora nos conformamos con un mísero 0,7%, que apenas nos da para vivir y organizar de vez en cuando las *raves* papales con la juventud o la familia en Madrid.

En mi Antiguo Testamento a los que recibían y administraban los diezmos se les llamaba ministros. ¿Os suena lo de ministros de la Iglesia? ¿Y los otros, los de la política? Menudo peligro tienen a veces, ¿no?

¿Y dónde va a estar el dinero mejor que en manos de la Iglesia? Vosotros os lo gastáis en tonterías, en cambio mirad qué pedazo catedrales os hemos dejado. Si no hubiera sido por nosotros, la historia del arte no habría sido la misma.

El románico fue mi etapa oscura. Luego ya me hice gótico, como las hijas de Zapatero, y después me pasé al barroco, mi época loca. Ahora llevo un rollo más minimalista. Uno entra en una iglesia y se ve que andamos mal de dinero. Para empezar, siempre hay un pobre en la puerta. Y todo el mundo sabe que, con lo caritativos que somos, si tuviésemos dinero, en lugar de un pobre, tendríamos un rico. Después entras y suele hacer un frío que no veas, porque aunque tenemos calefacción en muchas iglesias, casi nunca la ponemos. Luego contemplas el mobiliario y ves que son todo cosas antiquísimas, de hace siglos. Y los retablos, aunque parecen de oro, son de pega, que rascas y se ve la madera. En lo único que nos gastamos los cuartos es en la vajilla: los cálices son de oro, pero es que dentro va mi sangre, ¡copón!

Algunos diréis que el Vaticano es muy lujoso y que vaya despilfarro… Lo de siempre. Vamos a ver, lo del Vaticano son unos ahorritos que tenemos allí invertidos por si las cosas vienen mal

dadas, pero nada más.

Otros diréis que, por ejemplo, en España, la Iglesia es la primera terrateniente. A ver, a ver…, si tenemos tantas propiedades es porque la gente nos las daba. ¿Qué culpa tenemos nosotros si nos dejáis inscribir la mezquita de Córdoba por 30 euros? «Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». ¿Qué le vamos a hacer si luego resulta que el César es cristiano y nos firma un buen Concordato? Además siempre hemos tenido buen olfato para los negocios. Por ejemplo, si no condenamos antes la esclavitud fue porque era buena para la economía. Si lo sabremos nosotros, que incluso varios Papas tuvieron esclavos. Incluso cuando el mundo entero ya empezaba a ablandarse, nosotros seguíamos diciendo que era una cosa muy buena, y en pleno 1866 el Santo Oficio decía: «La esclavitud misma, considerada en sí y en términos absolutos, en modo alguno repugna a la ley natural y divina, y puede haber muchas justificaciones para la esclavitud como se puede ver consultando los teólogos e intérpretes aprobados del canon sagrado». Pues normal. Si el mismísimo san Pablo decía que ser esclavo no estaba tan mal: «¿Fuiste llamado siendo siervo? No te preocupes; y aunque puedas hacerte libre, aprovecha más bien tu situación». ¡Ser esclavo es lo fetén!

La Iglesia siempre ha estado en contra del robo. Dicen que durante algunas dictaduras hemos robado niños. Vaya mentira. Lo que hacíamos era distribuirlos mejor. Y así con todo… Y si hemos hecho algo de dinerito vendiendo bulas e indulgencias, es a costa de vender trozos de Cielo, que lo tenemos completamente hipotecado.

De veras, en verdad, en verdad os digo: no robéis y haced como nosotros.

Dios @diostuitero · 1 min

Tenéis más peligro que sor María en un jardín de infancia.

118 46 ···

8. NO DIRÁS FALSO TESTIMONIO NI MENTIRÁS

Este precepto no es que sea de difícil cumplimiento, es que a veces es casi recomendable contravenirlo. La mentira, en una sociedad moderna, es algo necesario, inevitable, imposible de eludir.

«Más vale ser vencido diciendo la verdad que triunfar por la mentira», dijo Ghandi. «No está mal una mala mentira, cuando con ella defendemos una buena verdad», sentenció en cambio el Nobel Jacinto Benavente. ¿A cuál de los dos hacemos caso?

Según un estudio, una persona miente de promedio unas siete veces al día. Según otro, cuatro. Da igual, seguro que los dos son mentira.

Ni siquiera necesitáis abrir la boca para mentir: maquillaje, extensiones, pestañas postizas, cirugía, fajas antitripita, americanas con hombreras, zapatos con alzas, Photoshop, filtros en Instagram… Ya vuestra simple apariencia es mentira. ¡A la Teletienda pongo por testigo!

Y tampoco os hace falta que haya alguien a quien engañar. Vuestra actividad favorita es mentiros a vosotros mismos. Y si no, ¿quién no recuerda los eternos buenos propósitos de Año Nuevo? «Dejaré de fumar», «Me apuntaré al gimnasio y esta vez iré», «Voy a dejar de morderme las uñas»… Todo esto lo dices mientras te acabas un cigarro (el último, claro), vas a la nevera a por una tableta de chocolate (la última) y después terminas mordiéndote las uñas por la culpabilidad.

Es más, muchas veces formuláis al otro una pregunta y demandáis una mentira: «¿Doctor, me va a doler mucho?», «¿Cariño, me ves más gorda?», «Cielo, ¿quién es mejor en la cama, tu ex, el bombero, o yo?».

La educación muchas veces está reñida con la sinceridad. ¿Y las

mentiras piadosas? A veces una mentira puede salvar el mundo. El fin justifica los medios entonces, ¿no? Uy, me estoy poniendo muy filosófico, y yo soy más de teología. A ver si me va a dar por pensar y dejo de creer en mí y desaparezco.

Os di unos sentidos que muchas veces os mienten. La vista, el oído, el tacto… muchas veces os confunden. Y a veces para bien. Aunque al despertar el domingo por la mañana en la cama al lado de ese ligue fabuloso no penséis lo mismo.

Vuestra memoria es selectiva y también os miente, disfrazando dolorosos sucesos pasados para hacéroslos más llevaderos, de tal forma que cualquier pasado no solo fue anterior, sino mejor.

Yo mismo a veces dudo si todo no será una gran mentira y algún Dios superior está jugando conmigo y con vosotros. Y a su vez otro más grande con ese otro, y otro, y otro, y así hasta el infinito, en una Gran Mentira Infinita.

La historia es otra mentira que cada pueblo redacta a su gusto. Normalmente se dice que está escrita por los vencedores. Seguramente sea verdad. Igual que es cierto eso de que la historia se repite varias veces. Yo, que estoy siempre ahí de eterno espectador, os lo puedo certificar.

Muchas veces se miente no ya por algún gran interés, sino por comodidad, o por costumbre, o incluso por resumir. Por ejemplo, las tres famosas carabelas de Colón no fueron tres, sino dos, pues la tercera era una nao, la *Santa María*.

Otras ocasiones simplemente inventáis una realidad porque la vuestra no os gusta o sencillamente os aburre. «Sin mentiras, la humanidad moriría de desesperación y aburrimiento», decía Antatole France.

De todas formas, y como, a pesar de lo que diga la Biblia, sois seres en continua evolución, vuestra forma de mentir ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Ahora preferís los eufemismos. Por ejemplo, a la crisis la llamasteis desaceleración económica, y a la subida de impuestos, recargo temporal de solidaridad.

También habéis ido adaptando vuestros métodos a las nuevas tecnologías… ¿Quién no ha borrado alguna vez el historial de su ordenador? Y esa vida de ensueño que todo el mundo parece disfrutar en Facebook, pero que no es sino una fachada. Quizá sea Twitter el medio donde más sinceridad se vierte o menos mentiras se cuentan, ¡y solo porque no os deja teclear más que 140 caracteres!, ja, ja, ja.

Hay mentiras que se sueltan con todo el corazón: «Te voy a querer toda la vida». Yo mismo también dije alguna mentirijilla, como cuando anuncié mi segunda venida a la tierra para esa misma generación y luego me lo pensé mejor y me dije: «¡Quita, quita, que estos me crucifican otra vez!».

Pedro, la piedra sobre la que está edificada mi Iglesia, también fue un mentiroso: me negó tres veces. Cuando le preguntaron si me conocía, podía haber dicho que no se acordaba, como hacen hoy los políticos, pero no. Se nota que era un simple pescador del siglo I sin estudios.

A lo largo de la historia de la Iglesia, mi Santa Institución también ha utilizado alguna vez la mentira, no lo vamos a negar, como, por

ejemplo, la sarta de infundios que se inventaron para acabar con los famosos templarios, pero como andábamos sobrados de curas, se perdonaban los unos a los otros y listo. Si algo tiene de bueno el catolicismo, además, es la oferta *Ultimate Salvation*: pecas toda tu vida, te confiesas en el último minuto justo antes de morir y vas al Cielo. ¡No me digáis que no es un chollo!

En resumen: todo el mundo miente. Vosotros mentís, mi Iglesia miente, yo miento, Satanás, por supuesto, miente… Y por otra parte, la verdad es cada vez más relativa.

Solo un consejo os doy. Procurad no mentir mucho y, si mentís, al menos que sea por una buena causa. La mía.

9. NO CONSENTIRÁS PENSAMIENTOS NI DESEOS IMPUROS

«Habéis oído que se dijo: “No cometerás adulterio”. Pues yo os digo: “Todo el que mire a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón”».

¡Ahí lo llevas! ¡Ay, los pensamientos impuros! Este es uno de los

mandamientos más difíciles de controlar. Porque no solo tenéis que dominar a vuestro yo, sino también a vuestro superyó, a vuestro miniyó, a vuestro yoyó… «La imaginación es la loca de la casa», decía santa Teresa, doctora de la Iglesia. Y debía hablar por experiencia, porque sus éxtasis eran de lo más sospechosos…

> *Vía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. […] Viale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.*

Es una descripción tan exacta de un orgasmo que hasta los del Museo Erótico de París así lo vieron y decidieron poner a la santa en una entrada. Id a verlo si no os lo creéis.

Luego a esto alguien lo llamó Trasnsverberación. Es uno de esos nombres técnicos tan chulos que gastamos en el cristianismo, de la familia de la transfiguración y la transustanciación. El mundo *trans* es muy importante en nuestro culto.

Y es que algunas de mis monjas se tomaron demasiado en serio eso de que estaban casadas con Cristo, y tenían unos delirios de lo más extraños, más propios de una fan de Justin Bieber con las hormonas a cien mil por hora que otra cosa.

Por ejemplo, en el siglo XVII sor Agnes Blannbekin afirmaba que en sus trances místicos se le aparecía mi sagrado prepucio, materializándose en su boca y haciéndole gozar hasta el paroxismo con su sabor dulce y carnoso.

Pero sor Agnes no fue la única que flipaba con mi santo prepucio. Otra gran mística, santa Catalina de Siena, patrona de Italia y doctora de la Iglesia como santa Teresa, se empeñó en que un día contrajo matrimonio conmigo y que yo le entregaba el anillo de casamiento

hecho con la piel de mi prepucio diciendo: «Recibe este anillo como testimonio de que eres mía y serás mía para siempre». Y decía que lo llevaba siempre en el dedo, y se ve que no fue la única que estaba un poco ida de la olla, porque muchos la creyeron y tras su muerte su dedo se convirtió en una valiosa reliquia. Y muchas beatas acudían a verlo y adorarlo, y decían que se observaba el sagrado anillo.

Mi Santo Prepucio siempre ha dado mucho juego. Más de veinte circulaban por ahí. En Calcata (Italia) lo sacaban en procesión y todo, hasta que unos desaprensivos lo robaron en 1983. Otros dicen que subió al Cielo y es uno de los anillos de Saturno. En serio.

Muchas otras monjitas, (no voy a citarlas para no aburriros, la lista es larga), experimentaban las mismas sensaciones conmigo, que no las culpo, que todo el día encerradas sin sexo…, a cualquiera se le va la cabeza. Si hasta yo mismo, cuando os pido que marquéis la X en la casilla de la Iglesia, empiezo a ver esa X, y luego otra, y otra X… y comienza a ponerse todo así como muy porno en mi mente, y recuerdo cuando el diablo me tentaba en el desierto, y empiezo a imaginar… Uff. Si vosotros tenéis una imaginación poderosa, y eso que solo os permito utilizar el 10% de vuestro cerebro, imaginaos yo, que tengo por cerebro un Pentium 500 000.

Es duro mantener a raya los bajos instintos, y con tanta beata buenorra arrodillándose justo a la altura de mi entrepierna…

Pero no, amigos y amigas, no debéis consentir ni un solo deseo impuro. Cada vez que Satanás os cuele uno, lo transformáis en otra cosa. Podéis pensar en políticos, o en la Casa Real. Eso es infalible. No he visto gente con menos *sex appeal* que los políticos. Te das una vuelta por el Congreso de los Diputados y no es que te baje la libido, es que no la vuelves a encontrar en un mes porque se ha ido a vivir a casa de su madre.

Aunque puede que la culpa sea nuestra por prohibir tanto. Es como cuando, de pequeños, los que fueseis pequeños por aquella época,

estabais viendo la tele y de repente empezaba una película y aparecían los dos rombos. ¡Vuestras ganas de verla aumentaban por mil! Y vuestra mente calenturienta se disparaba. Casi siempre, vuestra imaginación dotaba a esas películas de mucho más contenido pecaminoso del que realmente tenían.

Todos vuestros pensamientos deben ser puros, níveos, cristalinos, más limpios que la casa del mayordomo de la tele. Y si no, se me ocurre otra cosa mejor: no penséis. Que ya lo hacemos en la Iglesia por vosotros, corderillos.

10. NO CODICIARÁS LOS BIENES

AJENOS

Con lo cual me acabo de cargar la base de la economía de mercado. Porque codiciar los bienes de los demás, querer tener más que el vecino, un mejor coche, una tele más grande, una casa mejor… es el motor que hace rodar la gran rueda del capitalismo.

Si a esto le añadimos que los primeros discípulos tenían todo en común y vivían compartiendo todas sus cosas, no es de extrañar que muchos penséis que soy comunista.

Una famosa dirigente política española me situó una vez en la misma dimensión que el Che Guevara. De todas formas también incluyó en la extraña terna a Felipe González, para compensar.

Tranquilos, no soy comunista. Si hubiese sido comunista, compartiría el Paraíso con vosotros, en lugar de llevaros a juicio (Final) y seleccionar a quién le dejo vivir arriba o abajo. Tampoco me gusta el neoliberalismo económico, podéis preguntar a los mercaderes del templo que sufrieron mi ira.

Cuando hablamos de bienes ajenos, ¿a qué nos referimos? A todo el mundo le viene a la cabeza los bienes materiales, pero también existen bienes de tipo espiritual.

Vayamos a mi libro, al enunciado completo del mandamiento: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni el siervo ni su sierva, ni su buey ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

Vaya tela. Pues parece que está claro: meto en el mismo saco la casa, la mujer, los esclavos y el buey y el asno. Las propiedades, vamos. Que cada cual tenga su casa, su mujer y su esclavo y su asno, y se deje de mirar si el del otro es mejor. Que la envidia es un pecado muy gordo, capital para ser más exactos. Podía haber dicho que la mujer no codiciase el marido ni el asno de su vecina, pero habría sido

una redundancia.

¿Que el párrafo es machista y esclavista? Da igual, es un mandamiento. Lo obedecéis y punto.

Codiciar está muy feo. Si hay gente que tiene mucho y otros al lado no tienen casi ni para comer, no pasa nada: «Bienaventurados los pobres». No debéis tratar de cambiar esa situación. Vuestro objetivo no es esta vida, este valle de lágrimas, sino la otra, en el Cielo, que os habréis ganado si no molestáis mucho en esta. ¿Que la distribución de la riqueza es injusta y quizá habría que rebelarse?: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra».

Hubo un tal Nietzsche que se atrevió a decir que yo había muerto, y que las iglesias serían mis templos fúnebres, y que de mis cenizas nacería un superhombre que afirmaría la vida aquí y ahora en la Tierra, y que la viviría intensamente.

Ya sabéis que no tolero que se me lleve la contraria. Si por comer una manzana os expulsé del Paraíso, ahora no me iba a quedar cruzado de brazos: lo volví loco y, por supuesto, luego lo maté, como a todos, por otra parte. ¿Quién es el que está muerto ahora, ehhh, Friedrich?

La propiedad privada es sagrada. Para eso establecí este Décimo Mandamiento. Y no es un número cualquiera, sino el décimo, el número redondo, el que cierra la lista, el último, el que vuestra voz termina de pronunciar para que vuestra memoria lo retenga mejor.

Por culpa de la lucha por la propiedad se han producido muchos conflictos. Por eso la Iglesia un día decidió acumularla toda, para que no os peleaseis más. Es por vuestro bien.

Os preocupáis demasiado por las cosas materiales. «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?».

Deberíais llevar una existencia de perroflautas, por lo menos. Es lo que hice yo cuando bajé a la Tierra. Claro que tenía la ventaja de que, si la cosa se ponía mal, podía multiplicar los panes y los peces, pero os aseguro que al final es una dieta que cansa. Y tampoco es buena del todo para el colesterol.

Como os he dicho antes, codiciar la mujer o el asno del vecino está muy feo. Alguno diréis: «Hombre, no voy a codiciar la mía, que ya la tengo. Tendré que codiciar lo que no tengo». Mal. Codiciar es una pérdida de tiempo: porque llegará algún día en que de tanto codiciar algo lo conseguiréis, y entonces, ¿qué haréis?: codiciar otra cosa. Y así toda la vida. Esto ya lo vio claro mi amigo Buda, que se sentó debajo de una higuera y acabó concluyendo que el deseo era la causa de la infelicidad.

Me estoy enrollando, y este ya es el último mandamiento. A modo de colofón, os daré un consejo: tratad de cumplirlos o, al menos, id variando en su incumplimiento. Pecar siempre del mismo es peligroso. Ya lo dijo Bertolt Brecht: «Un hombre debe tener por lo menos dos vicios. Uno solo es demasiado».

Amén.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

EXPLICADA PARA *DUMMIES*

Por san Patricio: Es como un trébol. Tiene tres hojas, pero es una sola planta. Gustó tanto esta explicación que se convirtió en el símbolo de Irlanda. El problema era cuando aparecía un trébol de cuatro hojas. Ya teníamos el cisma montado.

Por Tip y Coll: Una jarra con agua se vierte en tres vasos. El agua, aunque en tres vasos diferentes, es la misma. En realidad Tip y Coll nunca explicaron la Santísima Trinidad, pero siempre queda bien citarlos como fuente de autoridad. Lo de fuente lo digo por el agua. ¡Qué bien traído! Se nota que soy Dios.

Por los Hermanos Marx: «La parte contratante de la primera parte será considerada como la parte contratante de la primera parte». Qué tal, ¿está muy bien, eh?

Por los Cazafantasmas: Se cruzan los tres chorros láser formando uno solo, liándose la de Dios. Evidente. Y demostrado científicamente.

Teoría romántica: La Santísima Trinidad es como un vela encendida. La vela sería el Padre, la cera derritiéndose, el Hijo, y la llama, el Espíritu Santo. Muy bonito y fácil y de realizar en casa. Y muy útil si se va la luz.

Prueba de los fumadores: Lo mismo de la vela, pero con un cigarrillo. Se ruega no realizar esta demostración en zonas no habilitadas.

Opción futboleros: Sería el marcador. El Padre sería un equipo, el Hijo, otro, y los goles marcados, el Espíritu Santo. Todo ello sería el marcador, es decir, Dios, eso que tanto adoráis y al que los martes de Champions rezáis más que a mí.

Demostración en gafapastas: Las gafas tienen montura y dos cristales. Tres cosas distintas y unas solas gafas de pasta verdaderas. ¡Y diles tú que se pongan unas de otro tipo!

Literatos: Un libro tiene portada, contraportada, y lo de en medio, que son las hojas, eso que casi nadie se lee.

Y así, hijos míos, *ad infinitum*. Para que luego digáis que la religión es una cosa absurda y alejada de la realidad.

CREE SU PROPIA RELIGIÓN

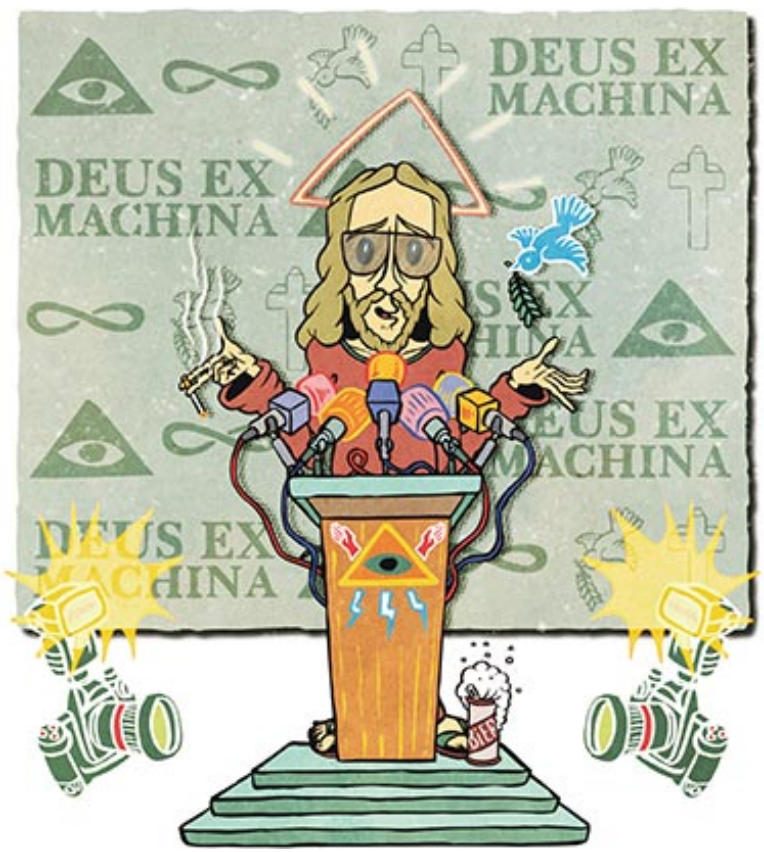
EN UNOS POCOS Y SENCILLOS PASOS

Cómo hacerlo

1. Invente un concepto realmente absurdo. Si no es lo suficientemente absurdo, podría no ser una religión, sino algo lógico, como una idea, filosofía o línea de pensamiento.
2. Repita ese concepto miles de veces, a sí mismo y a sus semejantes, añadiéndole mayor convicción cada vez.
3. Formalice una liturgia, cuanto más rimbombante, mejor.
4. Amenace y persiga a todo el que le lleve la contraria. Es muy útil el recurso de quejarse de que se están ofendiendo sus creencias.
5. Logre un grupo de seguidores. A su vez, logre que se produzca un cisma y parte de ese grupo emprenda otra variante de su credo.

¡ENHORABUENA, YA TIENE USTED SU RELIGIÓN!

PREGUNTAS FRECUENTES



—¿Por qué siempre se van los mejores? Porque no me iba a llevar a los peores, no soy tonto.

—¿Por qué existe el mal en el mundo? ¿Y vosotros por qué veis Telecinco?

—¿Cómo es el infierno? El infierno son los otros, ya lo dijo Sartre. Aunque los otros dicen que el Infierno es él. Yo ni entro ni salgo, que allí hace mucho calor.

—¿Estás en contra de los homosexuales? Me llevé 12 tíos al huerto, con eso creo que respondo a tu pregunta.

—¿Era María Magdalena tu mujer? Ver respuesta anterior.

—¿Proviene el hombre del mono o de Adán y Eva? Me da igual. El resultado es el mismo. La verdad es que no me acuerdo.

—¿Por qué permites la existencia del Diablo? Me conoce desde hace mucho tiempo y además tiene muy buena conversación. Y necesito a alguien que se ocupe de vosotros.

—¿El preservativo es pecado? Impide que os mande enfermedades como el sida, por tanto, al oponerse a la voluntad de Dios, es pecado.

—¿Qué opinas de la Iglesia? No sé, hace mucho que no voy por allí. Desde que pusieron esos muñecos no hace falta que vaya.

—¿Te llevas mejor con Buda o con Alá? Buda se pasa el día meditando, en cambio ¡Alá es la bomba!

—¿Qué opinas de la Inquisición? Fue un periodo de extraordinaria placidez, como diría Mayor Oreja.

—¿Estás a favor o en contra de las drogas? En contra. Creo que con la religión y el fútbol ya es suficiente.

—¿Cuándo será tu segunda venida? La última vez que bajé me crucificasteis. No pienso volver.

—¿Por qué en Twitter sales bebiendo cerveza en lugar de vino, como dice la Biblia? Para demostraros que no os podéis creer lo primero que os cuenten.

—¿Cueces o enriqueces? Enriquezco, obviamente. Mirad la de pasta que hay en el Vaticano.

—¿Cuál es tu papa favorito? El *papara papapa* del estribillo de «Con Luces de Neón» de Lori Meyers.

—¿El rollo indie que llevas en Twitter es de verdad o es una pose? La única pose que tengo es la de los brazos en cruz, ya me estoy cansando. Soy *indie* porque no puedo ser otra cosa.